

Tipo de documento: Tesis de Maestría

Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales

Maestría en Estudios Internacionales

"Somos un mismo pueblo": el rol del irredentismo en la política exterior de la Rusia de Vladimir Putin para con Ucrania

Autoría: Leone, Luciano

Año: 2024

¿Cómo citar este trabajo?

Leone, L. (2024) *"Somos un mismo pueblo": el rol del irredentismo en la política exterior de la Rusia de Vladimir Putin para con Ucrania*". [Tesis de Maestría. Universidad Torcuato Di Tella].

Repositorio Digital Universidad Torcuato Di Tella

<https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/13319>

El presente documento se encuentra alojado en el Repositorio Digital de la Universidad Torcuato Di Tella bajo una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 Argentina (CC BY-NC-SA 4.0 AR)

Dirección: <https://repositorio.utdt.edu>



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Maestría en Estudios Internacionales

Tesis de Maestría

***“Somos un mismo pueblo”: el rol del irredentismo en la
política exterior de la Rusia de Vladimir Putin para con
Ucrania***

Luciano Leone

Legajo: 22T1466

Mail: lucholeone@outlook.com

“Sin Ucrania Rusia deja de ser un imperio, pero con Ucrania sobornada y luego subordinada, Rusia se convierte automáticamente en un imperio.”

Zbigniew Brzezinski en *Foreign Affairs* (1994).

Índice

Introducción general.....	3
Proyecto de investigación.....	7
Hipótesis y objetivos.....	7
Procedimientos.....	8
Estado de la cuestión.....	10
Introducción.....	10
Naciones y nacionalismos.....	10
Nacionalismo étnico.....	15
Irredentismos.....	20
Historia de Rusia y del nacionalismo ruso.....	23
Nacionalismo e irredentismo en la Rusia de Vladimir Putin.....	32
Aclaraciones etimológicas.....	46
Encuestas: percepciones de los rusos y ucranianos sobre sus países, su historia y su territorio.....	49
El irredentismo en los discursos de Vladimir Putin.....	57
Relaciones entre la Rusia de Putin y Ucrania ¿Una política exterior basada en el irredentismo?.....	73
Mapas.....	80
Bibliografía general.....	83

INTRODUCCIÓN GENERAL

Sin lugar a dudas, uno de los temas más relevantes de las relaciones internacionales en la actualidad es la guerra entre Rusia y Ucrania, iniciada el 24 de febrero del año 2022. Muchísimos libros y artículos de investigación se han escrito y publicado sobre el tema, no sólo desde que inició la contienda, sino también desde la anexión de Crimea por parte de Rusia y el estallido de la guerra en el Donbás, ambos hechos ocurridos en el 2014 tras el Euromaidán ucraniano y la consecuente deposición del presidente pro-ruso Viktor Yanúkovich. A la fecha en la que se está escribiendo la presente tesis (primeros meses del 2024), la guerra no parece tener un ganador claro y un tratado de paz está muy lejos de firmarse. Los temores sobre una probable escalada de la guerra son muchos y están justificados, teniendo en cuenta que la OTAN sigue enviando ayuda militar y económica a Ucrania y que Rusia no parece estar dispuesto a ceder nada ante lo que ve como un “ataque occidental” a su soberanía. En este sentido, es de vital importancia para el presente trabajo el rol primordial que Rusia (y Vladimir Putin en particular) le otorga a Ucrania en su concepción nacional y, particularmente, el cambio discursivo de Putin, el cual pasó a tener una retórica nacionalista e irredentista mucho más asertiva que en los años anteriores.

En el Trabajo Final de Graduación realizado para mi Licenciatura en Historia estudié la influencia del nacionalismo étnico y del irredentismo en la Grecia de los siglos XIX y XX. Desde ese momento decidí que iba a continuar con el estudio del irredentismo en mis estudios de posgrado por mi afinidad con el tema y mi experiencia trabajando con él. El irredentismo, a saber, es una corriente política e ideológica que propugna la anexión de territorios pertenecientes a otro Estado ya que éstos tienen lazos étnicos/raciales, culturales, lingüísticos e históricos con el Estado irredentista. Desde antes del inicio de la

guerra de Ucrania tenía pensado centrarme en el rol (o no) que el irredentismo tiene en la política exterior de la Rusia bajo el gobierno de Vladimir Putin, por lo que al comenzar mi Maestría en Estudios Internacionales ya tenía decidido el tema de tesis. La elección obedece a distintas razones: en primer lugar y como dije anteriormente, resulta particularmente relevante el gusto y la afinidad personal con el irredentismo como tema de estudio; en segundo lugar y ligado al primero, tiene que ver con que el estudio previo sobre el tema hace que ya esté familiarizado con las principales definiciones, conceptos y corrientes de estudio sobre el irredentismo; en tercer lugar, se trata de llenar lo que se ve como un vacío académico debido a que la mayor parte de la bibliografía no aborda o minimiza la influencia que el irredentismo y el nacionalismo étnico tienen en la formulación de la política exterior del gobierno ruso; en cuarto y último lugar, la elección de Rusia como caso de estudio responde, por un lado, a brindar una explicación novedosa sobre las intervenciones militares y políticas de Rusia, no sólo en Ucrania, sino también en regiones como Osetia, Abjasia (pertenecientes *de iure* a Georgia, pero independientes *de facto*) y Transnistria (región separatista de Moldavia); pero, principalmente, busca dilucidar otra posible causa de la invasión rusa a Ucrania, el tema más importante de la política internacional contemporánea.

La llegada de Putin al poder en el 2000 se dio en un contexto interno desfavorable, es por eso que en los primeros años de su mandato el exmiembro de la KGB estuvo inmiscuido en la solución de problemas internos, tales como la crisis económica heredada del gobierno de Boris Yeltsin, el excesivo poder de los “oligarcas” rusos y los conflictos separatistas en el Cáucaso. Este objetivo hizo que intente mantener una relación cordial con los principales países de Occidente que le permitiera establecer su poder en la esfera política, social y económica de Rusia. Tanto Rusia como Estados Unidos junto sus aliados de la Unión Europea manifestaron en reiteradas ocasiones que la Guerra Fría era una cosa

del pasado y que su objetivo era formar unas nuevas relaciones basadas en la confianza y en el beneficio mutuo. Ejemplos de ello son la colaboración recíproca entre Moscú y Washington en la lucha contra el terrorismo islámico desde el 9/11 y el coqueteo de Putin con un posible ingreso de su país a la OTAN.

Una vez consolidado en la presidencia de su país al poder lograr estabilidad económica y política con un gran apoyo popular, Putin buscó afianzar su poder en lo él creía que era la esfera de influencia de Rusia: los países que formaron parte de la Unión Soviética y del Pacto de Varsovia. Sin embargo, este objetivo no resultó tan exitoso como los anteriores: la ampliación de la OTAN hacia el este (a la cuál Rusia manifestó su descontento en diversas ocasiones) incorporó a muchos de los países que formaban parte del Pacto de Varsovia (Albania, Bulgaria, Chequia, Eslovaquia, Polonia y Rumania) y también de la misma Unión Soviética (Estonia, Letonia y Lituania); además, se estima que más de 30 millones de rusos étnicos quedaron viviendo por fuera de las fronteras de la Federación Rusa, generando que Rusia sea lo que Putin llamó como una “nación dividida”; por último, en algunos países que se mantuvieron cercanos a Moscú como Georgia y Ucrania, se desataron las llamadas “Revoluciones de colores”, por las cuales se llevaron a cabo manifestaciones populares de tinte liberal y pro-occidental que llevaron al poder a presidentes menos afines a Rusia que tenían intenciones manifiestas de integrarse a la Unión Europea y a la OTAN.

El gobierno de Putin vio estos hechos como una clara prueba de que Occidente estaba intentando torpedear la soberanía rusa al rodear al país con gobiernos anti-rusos para así aislarlo del sistema internacional y negarle su status de potencia mundial. A partir de allí, el tono discursivo de Moscú se volvió más nacionalista, irredentista y anti-occidental: tal como manifestó Putin en numerosos discursos y encuentros con otros líderes internacionales, para Rusia Ucrania no tiene “derecho a existir” ya que forma parte

del “Mundo Ruso”, por el cual tanto rusos, ucranianos como bielorrusos tienen una lengua, una religión, una historia y una cultura en común que se remonta hasta la fundación del Rus de Kiev allá por el siglo X de nuestra era. Este argumento se repite todo el tiempo en las altas esferas del gobierno ruso como justificativo de la “operación especial” que Rusia está llevando a cabo en Ucrania. Esto está acompañado de la “necesidad” de Rusia de defender y de velar por los derechos de los ciudadanos rusos y ruso-parlantes que viven en el este y el sur de Ucrania de lo que Rusia afirma es una política genocida de Kiev.

Todos estos argumentos están presentes, en menor o mayor medida, en todos los reclamos irredentistas alrededor del mundo. En ellos, se enfatiza la protección de compatriotas residentes en otros países que están en peligro por persecuciones del gobierno de turno, por lo que los países irredentistas justifican su intervención política y militar en terceros países para “liberar” (y usualmente incorporar y anexionar) a estos compatriotas perseguidos. Sin embargo, en lo que respecta a la guerra de Ucrania, la inmensa mayoría de los autores (y son muchos) que estudian las causas de la guerra y las motivaciones de Rusia para iniciarla, le otorgan muy poca importancia al irredentismo ruso y a la forma en que Rusia (y particularmente su gobierno) piensa y concibe su nación y cómo esto se traduce en políticas concretas de la diplomacia rusa. El presente trabajo apunta a llenar ese vacío ya que se cree que el irredentismo ruso tiene un rol mucho más importante en los acontecimientos actuales que lo que la mayoría de los autores especializados sobre el tema tiende a creer.

PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

Hipótesis y objetivos

El presente Proyecto de Investigación se plantea estudiar el rol del irredentismo en la política exterior de la Rusia de Vladimir Putin (2000 – actualidad) específicamente en sus relaciones con Ucrania. El trabajo busca ahondar en la investigación del fenómeno irredentista en la política exterior rusa ya que la mayoría de la bibliografía sobre el tema parece no darle una gran importancia en lo que respecta a la formulación de la política exterior del Kremlin. Debido a esto, este análisis pretende brindar una explicación novedosa y alternativa, pero también complementaria, a los hechos de público conocimiento acontecidos en el último tiempo entre Rusia y Ucrania. La relación de Rusia con Ucrania -también con Bielorrusia- (y no con otros con importantes minorías rusas, como Kazajistán y Letonia) se explica porque son países eslavos orientales, por lo que (según el discurso nacionalista ruso) comparten un origen, idioma, religión, historia y cultura común con Rusia, elementos centrales para cualquier reclamo irredentista y nacionalista que se encuentran presentes en la narrativa oficial del Kremlin y del mismo Vladimir Putin. De esta manera, las dos principales interrogantes del trabajo son las siguientes: ¿Es el irredentismo un elemento rector de la política exterior de la Rusia de Putin? ¿La guerra de Ucrania puede explicarse porque las élites del gobierno ruso -y Putin en particular- analizan la política internacional desde una óptica irredentista?

Teniendo en cuenta lo leído e investigado sobre el tema, una respuesta tentativa a las preguntas de investigación es que el irredentismo efectivamente tiene influencia en la política exterior rusa para con Ucrania y Bielorrusia, teniendo en cuenta la aparición de grupos ultranacionalistas e irredentistas en la política rusa cuyas narrativas fueron cooptadas y adaptadas por el Kremlin para incorporarlas al discurso oficial y ampliar su base de apoyo, sobre todo tras la anexión de Crimea en 2014 y de las regiones del este y

del sur de Ucrania en la actualidad. Además, esta hipótesis se refuerza si se tiene en cuenta la radicalización de los discursos de Putin a partir del 2008, en los que enfatiza la importancia del “Mundo Ruso”, la noción de Rusia como “nación dividida” y la protección de los rusos étnicos que viven tanto en el interior como en el exterior de Rusia, adquiriendo también más virulencia en lo que respecta a amenazas sobre posibles intervenciones militares rusas en “defensa” de dichas minorías, tal como está sucediendo en Ucrania. Sin embargo, existen también una gran cantidad de autores que afirman que esta influencia del irredentismo puede resultar limitada ya que se complementa con otras ideologías y premisas fuertemente influyentes en las altas esferas del gobierno ruso: por un lado, el imperialismo ruso y su necesidad de establecer un área de influencia en los ex países soviéticos y, por otro, el antioccidentalismo y la constante oposición y competencia con la OTAN y con “Occidente”. Si se sigue lo expuesto por este grupo de autores, una hipótesis alternativa de relevancia podría ser que el irredentismo sea una mera herramienta utilizada por el gobierno ruso para conseguir otros fines geopolíticos.

Procedimientos

Para responder las interrogantes, primeramente se realizará un Estado de la Cuestión que presenta un marco teórico lo suficientemente sólido con los principales autores y libros escritos sobre el tema como para que se entiendan los principales conceptos clave que se abordarán en el trabajo: nacionalismo, nacionalismo étnico e irredentismo. También se aborda de manera breve la historia de Rusia y del nacionalismo ruso para ofrecer una mayor contextualización. Por último, se analizan los trabajos que se centran en el gobierno de Putin y su relación con Ucrania y con el nacionalismo e irredentismo ruso. Durante el desarrollo del trabajo se utiliza un método comparado en el que prima lo cualitativo ya que, por un lado, se procederá a utilizar herramientas

cualitativas que puedan esclarecer y favorecer el uso de estos conceptos claves nombrados anteriormente, como también para realizar análisis de discursos que Vladimir Putin ha ido pronunciando a lo largo de sus años en el gobierno. Por otro lado, desde la metodología cuantitativa se procederá a analizar los resultados numéricos de encuestas lo más confiable posibles: las llevadas a cabo por el proyecto NEORUSS y los centros de investigación independientes como el Levada Center, el Razumkov Centre y el Rating Sociological Group. Todas fueron realizadas a segmentos de la población de Rusia y Ucrania con el objetivo de saber sus adscripciones étnico-nacionales, su percepción sobre el gobierno de Putin y su política para con los Estados vecinos y su opinión sobre la historia y los principales hechos de relevancia en la actualidad de ambos países.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Introducción

El presente estado de la cuestión estará estructurado de la siguiente manera: primeramente se realizará un apartado teórico que aborde las principales definiciones y características de los conceptos claves del trabajo; a saber: nacionalismo, nacionalismo étnico e irredentismo. En este apartado se abordaran teorías clásicas de los cuatro conceptos con el objetivo de tener un marco teórico claro para luego aplicarlo al caso ruso. Luego, se repasaran los principales trabajos sobre la historia rusa en general, con especial énfasis en la historia del nacionalismo ruso para tener un *background* histórico básico pero necesario para comprender mejor la ideología que está detrás de los reclamos rusos sobre Ucrania. Por último, se abordarán de lleno los trabajos dedicados al nacionalismo e irredentismo en la Rusia de Vladimir Putin, el rol del Estado en la propagación (o no) del nacionalismo en Rusia en el siglo XXI, la influencia de la ideología de Putin y del gobierno ruso en su política exterior y las causas y consecuencias de la intervención rusa en Crimea y el Donbás en 2014 y luego de la invasión de 2022, entre otros temas pertinentes.

Naciones y nacionalismo

El campo de las naciones y los nacionalismos es uno de los más estudiados en la historiografía, por lo que resulta imposible plasmar todas las obras dedicadas al tema en el presente Estado de la Cuestión. Por esta razón decidí realizar un recorte bibliográfico que contemple a los libros más clásicos y populares del campo. Los trabajos clásicos y más citados fueron escritos en los años ochenta y son, en cierta manera, los escritos fundacionales de la historiografía sobre las naciones y el nacionalismo. Los tres autores

aquí estudiados formaban parte de la escuela historicista o modernista del nacionalismo, es decir, creían que el nacionalismo era un producto exclusivamente de la modernidad.

Desde la corriente historiográfica del marxismo británico y mediante una visión amplia y flexible de la historia, Eric Hobsbawm fue uno de los principales autores acerca del nacionalismo. Sus obras *La invención de la tradición* de 1983 y *Naciones y nacionalismo desde 1780* de 1990 son esenciales para el presente estudio. Por su parte, Ernest Gellner desde la filosofía y antropología produjo uno de los trabajos más reconocidos en el campo del nacionalismo, su obra *Naciones y nacionalismo* de 1983, la cual resulta una para obligatoria para el presente trabajo. Por último, se va a desarrollar también el trabajo de Benedict Anderson en su clásico libro llamado *Comunidades Imaginadas* de 1983, en el cual el autor, muy influenciado por los movimientos intelectuales del post-colonialismo y de los estudios culturales, analiza minuciosamente el surgimiento del nacionalismo.

Mediante un análisis interdisciplinario que combina la historia, la antropología y elementos del resto de las ciencias sociales, Hobsbawm (1983, pág. 1) afirma que la invención de tradiciones es un producto de finales de siglo XIX y principios del XX, ella implica la inculcación y ritualización de ciertos valores y normas simbólicas que implican la continuidad con el pasado y, por lo tanto, su invariabilidad. Este proceso fue llevado a cabo tanto por sociedades “tradicionales” como “modernas” y la adaptación de tradiciones antiguas fue llevada a cabo en nuevas condiciones y para nuevos propósitos. Para el autor, tanto los movimientos ideológicos como el nacionalismo necesitan, en muchos casos, inventar una continuidad histórica y ciertos símbolos que los representen (tales como el himno y la bandera nacional) debido a su incapacidad de adaptar o utilizar sus tradiciones preexistentes. Este tipo de invención de tradiciones termina produciendo un sentimiento de identificación con una comunidad e instituciones que simbolizan y

expresan la nación mediante prácticas y valores ambiguos como “patriotismo”, “deber” y “lealtad”. (Hobsbawm, 1983, págs. 9-10) De esta manera, las naciones y el nacionalismo deben ser estudiados teniendo en cuenta la invención de tradiciones que los componen.

En un argumento con ciertas similitudes, Anderson (1983, págs. 23-25) define a la nación, en términos antropológicos, como una comunidad política imaginada, limitada y soberana: es imaginada porque no es falsa ni fabricada (como propone Gellner con “ansiedad”), sino que se recurre a la imaginación y a la creación para generar una comunión; es limitada porque tiene fronteras finitas con otras naciones; es soberana porque la soberanía es la garantía de la libertad de la nación; y es comunidad debido a que la nación se concibe como un compañerismo profundo y horizontal. El autor afirma que la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo de la vida política de su tiempo y, al igual que el resto de los autores, que es una creación moderna de finales del siglo XVIII.

En *Naciones y nacionalismo* Gellner presenta una de las definiciones de nacionalismo más aceptadas por la historiografía: afirma que el nacionalismo como un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política, agrega también que es una teoría de legitimidad política que prescribe que los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos y que no deben distinguir a los detentadores del poder del resto en un Estado. (Gellner, 1983, págs. 13-14) Por su parte, define al Estado como una institución o un conjunto de instituciones relacionadas con la conservación del orden y agrega que el surgimiento del nacionalismo normalmente se da en el marco de Estados existentes. El autor luego realiza un análisis minucioso de lo que para él son las tres etapas fundamentales de la humanidad a lo largo de la historia: la pre-agraria, la agraria y la industrial, con el fin de entender el surgimiento de los

nacionalismos. Afirma que el nacionalismo es consecuencia de una nueva forma de organización social basada en culturas “desarrolladas” (alfabetizadas y organizadas políticamente), apoyada por un Estado moderno y surgida de la etapa industrial, de esta manera, las naciones no son algo natural ni necesario y los estados nacionales no han sido el destino final de grupos étnicos y culturales, sino que lo que en realidad existe son cultural agrupadas, superpuestas y entremezcladas. (Gellner, 1983, págs. 69-71) Para el autor, es el nacionalismo el que engendra a las naciones, por lo que el surgimiento de las naciones sólo puede entenderse atendiendo a la “era del nacionalismo” favorecido por la etapa industrial en los siglos XVIII y XIX, es por eso que son esencialmente modernas. También afirma que la etnicidad entra en la esfera política como nacionalismo cuando el orden industrial requiere homogeneidad dentro de las unidades políticas y económicas, las diferencias culturales se hacen nocivas debido a esta necesidad de homogeneización. En este punto, el estado nacionalista se convierte en protector de una cultura y de una economía nacionales. Gellner (1983, págs. 176-177) concluye el trabajo diciendo que el nacionalismo es una clase particular de patriotismo que se distingue por rasgos importantes: las unidades a las que entrega su lealtad son culturalmente homogéneas y se basan en una cultura desarrollada (alfabetizada); son lo suficientemente grandes para sustentar el sistema educativo de dicho tipo de cultura; y sus poblaciones son anónimas, fluidas y móviles.

En *Naciones y nacionalismo desde 1780* Hobsbawm (1990) afirma que los criterios de nación, lengua y etnicidad son ambiguos, cambiantes y borrosos. Se basa en la definición de nacionalismo brindada por Gellner, aunque agrega que el deber político de los ciudadanos para con la organización política nacional se impone por sobre el resto de los deberes y obligaciones. Ambos autores creen que las naciones son productos de la modernidad ya que fueron construidas o inventadas a finales del siglo XVIII y durante el

siglo XIX por los nacionalismos. Sin embargo, Hobsbawm (1990) critica a Gellner ya que aborda a los nacionalismos desde una perspectiva de modernización desde arriba y es por eso que manifiesta la necesidad estudiar su surgimiento desde abajo. Lo que caracterizaba a la nación vista desde este abordaje es el hecho de que representaba el bien común frente a los privilegios y a los intereses particulares. Continúa diciendo que de 1830 a 1880, los ideólogos del liberalismo burgués concebían tres criterios para que un pueblo sea considerado una nación: que tenga una asociación histórica con un Estado, que posea una élite cultural poseedora de una lengua vernácula, escrita, administrativa y nacional, y que tenga una probada capacidad de conquista. (Hobsbawm, 1990, págs. 46-47) Al hablar de las lenguas nacionales, el autor dice que son conceptos semiartificiales o inventados, por lo que difícilmente puedan ser un criterio de condición de nación. En lo que respecta a la etnicidad, afirma que ésta no tiene ninguna relación histórica con la formación del estado-nación, aunque sirvió al nacionalismo moderno para formar distinciones entre “nosotros” y “ellos”. En cuanto a la religión, coincide nuevamente con Gellner en que la confluencia de un determinado pueblo con culturas desarrolladas y alfabetizadas puede desembocar en la conversión de dicho pueblo a una religión mundial (como el cristianismo o el islam) y generar sentimientos nacionales en el futuro. Sin embargo, afirma que componentes tales como los íconos santos, los símbolos y rituales colectivos son aún más importantes para la identificación nacional que la religión. (Hobsbawm, 1990, pág. 80) Para el autor, a partir de mediados del siglo XIX el Estado se convirtió en la maquina por la cual las nacionalidades se convertirían en naciones y por la que las naciones existentes se conservarían, esto sería posible mediante la enseñanza pública y el establecimiento de una lengua nacional y de esta manera, todo nacionalismo se convirtió esencialmente en político. A partir de 1880, los nacionalismos se extendieron por todos los rincones del mundo, mientras que el derecho a la

autodeterminación de cualquier grupo de personas que se considere nación, la etnicidad y la lengua se convirtieron en los criterios básicos para la identificación nacional. A la par de este proceso, el autor afirma que el nacionalismo étnico recibió grandes refuerzos debido a las migraciones de masas y al auge del racialismo científico y del evolucionismo darwiniano.

Si bien estas obras son sólo una pequeña parte de la extensa bibliografía existente en el campo del nacionalismo, son las fundadoras de dicho campo y las más aceptadas en la historiografía. Sus definiciones y conceptos son claves para el Estado de la Cuestión en tanto me permiten tener un marco teórico para abordar dos de los siguientes campos a desarrollar: por un lado, el nacionalismo étnico y, por otro, el nacionalismo ruso.

Nacionalismo étnico

En los años ochenta y noventa, décadas de auge del estudio del nacionalismo, algunos intelectuales provenientes de distintas disciplinas comenzaron a relacionar el estudio de la etnicidad y el de nacionalismo, una empresa que no se había realizado antes y que terminó generando un nuevo campo de estudio y, a la vez, un tipo específico de nacionalismo: el etnonacionalismo o nacionalismo étnico. Este nuevo campo presentó una novedad en la historiografía debido a que los teóricos de los nacionalismos solían no darle demasiada relevancia a la etnia en la construcción de las naciones. Aún tras su surgimiento y hasta el día de hoy, siguió siendo un campo relativamente menor en comparación con el estudio del nacionalismo y de la etnicidad por separado, es por esta razón que no suelen encontrarse una gran cantidad de obras y autores que traten sobre el tema. El debate historiográfico entre primordialistas (quienes estudian a las etnias desde una concepción sustancialista y culturalista, afirmando la existencia de una correspondencia predecible y sistemática entre rasgos culturales distintivos e identidades

étnicas) e instrumentalistas (autores que utilizan este enfoque ven a la etnicidad como un recurso social, político y cultural que es utilizado a partir del siglo XIX por determinados grupos para lograr objetivos políticos, económicos y/o sociales) atravesó este campo, por lo que es relevante a la hora de analizarlo. Anthony Smith es uno de los fundadores y de los principales exponentes del estudio del nacionalismo étnico ya que cuenta con una cantidad de libros y artículos que refieren al tema. Por su parte, otro autor sumamente relevante del campo es Walker Connor con su libro llamado *Ethnonationalism: a quest for understanding* (1994).

Connor (1994) realiza un detallado análisis de la historiografía acerca del etnonacionalismo mediante la utilización de sus trabajos previos en el tema. Define a la nación como un grupo de personas que creen poseer una ascendencia en común y al nacionalismo como la identificación con la propia nación y la lealtad a la misma. El etnonacionalismo, por su parte, es un término que considera redundante debido a que nacionalismo y etnonacionalismo son sinónimos. Realiza una crítica a los estudiosos del nacionalismo ya que han tendido a no tomar en consideración o a prestar una atención superficial a la identidad étnica identificando ésta como un obstáculo o impedimento para la integración efectiva del Estado, es decir, ven a la identificación étnica como un periodo transitorio que fue perdiendo fuerza a medida que avanzó la modernización. Connor responde a esta postura argumentando que, en realidad, en los últimos años ha habido un ascenso de la conciencia étnica como fuerza política y también como amenaza que se ven principalmente en los Estados de Europa occidental.

Connor (1994) realiza una fuerte crítica a que suelen emplear los términos “nación” y “Estado” como si fuesen intercambiables y terminan por desvirtuar su verdadero significado. Afirma que estos intelectuales muestran una tendencia a percibir el nacionalismo étnico a través de sus manifestaciones externas (como la lengua y la

religión) y no a través de su esencia. Esta esencia es psicológica y tiene que ver con las actitudes, es por eso que el requisito para la condición de nación es la creencia y convicción popular en que el propio grupo es único y especial, las manifestaciones externas o tangibles sólo son relevantes en cuánto contribuyen a crear un “sentimiento de particularidad”. (Connor, 1994, pág. 45) Además, algunos (como Gellner) exageran infundadamente de la influencia del materialismo en los asuntos humanos, esta tendencia a relacionar el etnonacionalismo con las fuerzas económicas puede explicarse debido a la coincidencia cronológica entre el desarrollo del nacionalismo y el de la industrialización. Argumenta que el crecimiento del etnonacionalismo en países desarrollados de Europa es un ejemplo que demuestra lo contrario, aunque sí admite que los argumentos económicos pueden actuar como catalizadores o agravantes de las tensiones nacionales de manera indirecta. (Connor, 1994, pág. 147 y 153) Afirma que la falta de enfrentamientos étnicos como indicador de la existencia de una sola nación es una interpretación totalmente incorrecta ya que los grupos étnicos no tienen por qué vivir en un estado de conflicto permanente. Por último, nota una predisposición de estos estudiosos a ver al nacionalismo étnico como un hecho indeseable y/o descartable que buscan eludir en pos de evitar posibles reivindicaciones.

En lo que respecta a la etnicidad, el autor nota que hay un consenso general sobre el hecho de que un grupo étnico refiere a una categoría humana básica (y no a un subgrupo), es por eso que critica fuertemente a los sociólogos estadounidenses debido a que emplean “grupo étnico” para referirse a un subgrupo dentro de una sociedad más amplia, agrega que los estudiosos del nacionalismo y de la etnicidad pocas veces se hacen contribuciones mutuas. Para Connor (1994, pág. 100), los observadores pueden discernir sin problemas la existencia de un grupo étnico, pero éste no se convertirá en nación hasta que sus miembros no tomen conciencia de la singularidad de su grupo, por lo que, mientras el

grupo étnico puede ser definido desde fuera, la nación debe ser definida por sus propios miembros. Si el requisito imprescindible para la existencia de la nación es la convicción intuitiva de sus miembros de poseer unos orígenes, linaje y evolución propios, este sentimiento compartido no coincide con la historia real ni con el raciocinio, sino que es parte del terreno del subconsciente y de lo no-racional.

Smith (1986) inicia su trabajo enfocándose en el debate historiográfico entre “modernistas” y “primordialistas”. Entre los primeros destaca la importancia de los trabajos de Anderson y Gellner abordados anteriormente y coincide en que el nacionalismo como ideología y movimiento y el ideal de un mundo dividido en estados-nación son fenómenos que datan de finales del siglo XVIII, aunque argumenta que la era premoderna y en el mundo antiguo ha habido sentimientos que podrían considerarse nacionales en el sentido moderno, como la conciencia identitaria griega y romana y los movimientos de liberación contra invasores extranjeros. En lo que respecta a los “primordialistas”, coincide con ellos en que se pueden encontrar lazos y sentimientos colectivos en la antigüedad, pero afirma que se equivocan al decir que estos sentimientos son universales y naturales. Para el autor, estos errores de las dos principales corrientes historiográficas ponen de manifiesto la necesidad de crear un nuevo tipo de análisis que pueda abordar las diferencias y similitudes entre las unidades y los sentimientos nacionales de la modernidad y los sentimientos culturales colectivos de las eras anteriores, a los que llama “etnia” (*ethnie*).

Dicha etnicidad está compuesta por el cuarteto terminológico de “mitos, recuerdos, valores y símbolos” que se nuclean en lo que el autor llama “complejo mítico-simbólico”, son estos términos los que favorecen el desarrollo de creencias y sentimientos étnicos que se preservan y luego transmiten a generaciones futuras. (Smith, 1986, págs. 13-15) Para Smith (1986) la etnia es un término esencialmente social y cultural que refiere a la

identidad definida de un grupo humano en base a una historia en común y a una cultura única. A su vez, es un término que está compuesto por distintos elementos que puede variar en intensidad y claridad, pero que están siempre presentes: un nombre colectivo (que es el emblema y la esencia de las comunidades étnicas), un mito común de descendencia (que explica el origen y el destino de la comunidad), una historia compartida, una cultura compartida distintiva (plasmada, entre otras cosas, en el lenguaje y la religión), una asociación a un territorio específico (una “patria sagrada”) y un sentido de solidaridad entre los miembros. A estos elementos constitutivos se le agregan factores importantes que ayudan a la etnia a mantenerse en el tiempo: una nostalgia plasmada en el deseo de volver a una patria perdida o de volver a un pasado glorioso, una religión organizada que refuerza los sentimientos étnicos, y guerras interestatales que fomentan sentimientos de heroísmo y de diferenciación con los enemigos.

La tesis del autor es que, si bien el nacionalismo es un fenómeno netamente moderno, la mayoría de naciones modernas se basan en sentimientos étnicos pre-modernos presentes en todo el mundo que perduraron en el tiempo, y que la principal forma de crear naciones es revitalizando y renovando los componentes étnicos históricos o bien inventando unos nuevos. Smith (1986, pág. 135) distingue entre dos tipos de nación: la territorial y la étnica; la primera se basa en un territorio con fronteras geográficamente definidas y es esencialmente una comunidad de ciudadanos con leyes e instituciones legales y también con una cultura común; la segunda es formada por la etnia preexistente y por los lazos étnicos, se basa en la conciencia de un origen y descendencia en común y en una cultura única e implica una “movilización popular” que es promovida por las *intelligentsias* étnicas/nacionales con el objetivo de reforzar la exclusividad de la nación y de sentar las bases del “estado nacional”. Para sentar las bases de la nueva nación étnica las élites apelan a sus bases étnicas: el sentimiento de nostalgia por un pasado glorioso o

un territorio perdido, la utilización de la historia como justificación de la existencia “natural” y colectiva del grupo y como manera de reconstruir el pasado glorioso y los héroes nacionales, el sentimiento de un territorio como patria histórica y como destino del grupo, y la apelación a los mitos de origen, descendencia, declinación, liberación y renacimiento.

Si bien coinciden con muchos de sus postulados, puede concluirse que tanto Smith como Connor realizan una serie de argumentos que se distancian de los trabajos clásicos sobre el nacionalismo abordados anteriormente. Ambos autores le otorgan una rol vital a la etnia en lo que respecta al origen y formulación de los nacionalismos, aspecto que no está presente en los trabajos clásicos del tema. También desafían la concepción “modernista” de los nacionalismos al rastrear sus orígenes en las adscripciones étnicas/nacionales que se fueron gestando a lo largo de toda la historia. Si bien afirman que el desarrollo económico es un factor importante a la hora de entender el surgimiento de los nacionalismos, no le otorgan un rol protagonista como los autores anteriores.

Irredentismo

Los estudios sobre los irredentismos también son relativamente tardíos debido a que comenzaron a llevarse a cabo a finales de la década de los 80 y están especialmente circunscriptos al ámbito de las relaciones internacionales. Al igual que las herramientas teóricas trabajadas en los apartados anteriores, es un término que no posee una definición consensuada por la historiografía. Por otro lado, no goza de la misma popularidad y difusión que los estudios sobre los nacionalismos y la etnicidad. Siendo, de esta manera, un campo de estudios que no cuenta con una gran cantidad de autores y estudios que trabajen sobre el tema.

En la literatura sobre el tema hay consenso en que el irredentismo es un tipo de disputa territorial, pero al no haber un acuerdo en cuanto a su definición, hay distintas corrientes que proponen distintas definiciones. La mayoría de los estudiosos usa el término “irredentismo” para hablar de un reclamo territorial de un Estado para con otro, en esta corriente no termina de haber un consenso en lo que respecta a qué es lo que se reclama: algunos hacen énfasis en los parientes étnicos que se busca “liberar”, mientras que otros deciden centrarse específicamente en la tierra ancestral e histórica. Otros, por su parte, definen irredentismo al intento de una minoría étnica para reincorporarse a una “patria” cercana. Mientras que algunos pocos deciden utilizar y combinar ambas definiciones. (Kornprobst, 2008)

Uno de los primeros y más importantes autores que trata sobre los irredentismos en, sin duda, Donald Horowitz. En *Ethnic Groups in Conflict* (1985) Horowitz clasifica al irredentismo como un tipo específico de conflicto étnico y lo analiza comparativamente con otro fenómeno relacionado: el separatismo. El autor afirma que el irredentismo es un movimiento que busca recuperar a “parientes étnicos” y su territorio tras la frontera. De esta manera, su definición engloba a las dos corrientes principales sobre irredentismo. Horowitz dice que la condición esencial de los irredentismos es la presencia de un grupo étnico dividido entre una o más fronteras territoriales, aunque también la decisión gubernamental de tener al irredentismo como política estatal. A su vez, afirma que el irredentismo tiende a ser una condición necesaria en Estados étnicamente homogéneos, mientras que en Estados étnicamente heterogéneos las ambiciones irredentistas pierden relevancia debido la competencia étnica local. Al mismo tiempo, Horowitz argumenta que, si bien es un reclamo basado en la afinidad étnica de un grupo dividido, generalmente pueden identificarse otro tipo de afinidades que trascienden la dimensión étnica (como por ejemplo los lazos personales). Por último, el autor afirma que el irredentismo es un

movimiento que no siempre es compartido y consensuado entre sus actores: por un lado, los grupos de irredentos tras la frontera y, por otro, el Estado irredentista.

En *Irredentism in European Politics* (2008), Marcus Kornprobst afirma hay un consenso historiográfico que dice que el sistema de estados-nación dio origen a una nueva clase de conflicto internacional y territorial: el irredentismo. Lo define como un movimiento que busca alcanzar congruencia entre las fronteras de un Estado y las fronteras de una nación, por lo que hay Estados soberanos que tienden a reclamar territorios de otros y que la consecuencia más frecuente es la guerra total. El autor hace énfasis en el carácter desestabilizador y conflictivo de los irredentismos, sin embargo, afirma que este carácter tiende a variar en el tiempo y según la región. A continuación, hace una distinción entre tres corrientes en el tema: la primera es la de los lazos étnicos, la cual sostiene que las élites estatales serían proclives a formar parte de un conflicto territorial con el objetivo de liberar a “compatriotas” siempre y cuando su permanencia en el poder dependa del apoyo de esos compatriotas irredentos; la segunda tiene que ver con la demografía, ésta postula que los Estados étnicamente homogéneos son más tendientes a ser irredentistas debido a que no poseen otros grupos étnicos dentro de su Estado, al contrario de los Estados étnicamente heterogéneos; la tercera está relacionada con la teoría de la guerra y propone que las élites podrían derivar disputas territoriales en guerras si les permite desviar el foco en problemas económicos y si los riesgos y costos de la guerra no son demasiado grandes.

Saideman y Ayres (2000) critican a la historiografía sobre el tema debido a que tiende a centrarse únicamente en los Estados y cuando estarían dispuestos a asistir o anexionar a su grupo étnico. Los autores, por su parte, deciden estudiar por qué los grupos étnicos deciden unirse a un Estado dominado por compatriotas (“irredentismo patriota”) o crear un nuevo Estado basado en su grupo étnico (“irredentismo al estilo kurdo”). Afirman que

ni la discriminación política ni la discriminación económica son factores tan importantes a la hora de incentivar irredentismos. De esta manera, el principal factor que favorece el surgimiento de irredentismos es el sentimiento separatista en compatriotas y/o su llegada al poder en un Estado cercano. Por su parte, Siroky y Hale (2017) deciden estudiar los irredentismos en base a un estudio comparativo entre las principales escuelas de pensamiento sobre el tema: la etno-demográfica, la económica y la de tipos de régimen. Las siguientes hipótesis fueron descartadas: ni la discriminación étnica a compatriotas ni la diferencia económica entre los Estados son considerados motivos suficientes para incentivar el surgimiento de irredentismos. Por su parte, los resultados del estudio tendieron a favorecer las siguientes hipótesis: el irredentismo tiende a aparecer como política de Estado cuando el grupo étnico en cuestión está cerca de la paridad económica con otros grupos étnicos y es necesario desviar el foco de atención; también cuando el grupo étnico es capaz de conseguir la mayoría por sí solo en un sistema electoral mayoritario, lo que favorece el incremento de postulados nacionalistas entre los políticos; por último, cuando los Estados son inestables e ineficaces como para favorecer el desarrollo y bienestar de la comunidad.

Historia de Rusia y del nacionalismo ruso

Es relevante analizar esta serie de trabajos sobre la historia de Rusia y de su nacionalismo porque permiten entender sobre qué bases, contextos y acontecimientos históricos se apoya el gobierno ruso en la actualidad. Los libros *Lost Kingdom* y *The Russo-Ukrainian War*, del historiador ucraniano Serhii Plokhy, son quizá los trabajos más completos sobre la historia del nacionalismo ruso y su influencia en el conflicto con Ucrania. El autor hace un extenso recorrido histórico que va desde el siglo X hasta la actualidad, cuenta que el Rus de Kiev tiene sus orígenes en la dinastía Rúrika, de origen

escandinavo/vikingo, cuyo rey más importante fue Vladimir I de Kiev, quien reinó desde 980 hasta 1015 y convirtió su reino al cristianismo ortodoxo. Tras la invasión de los mongoles, el reino se vio dividido en dos: por un lado, la más “democrática” República de Nóvgorod y, por otro, el Principado de Moscú, de tintes más “autoritarios”. Fue este último, al mando de Iván III, quien se impuso en la Batalla de Shelón de 1471 y reunificó los territorios del Rus, un antecedente necesario para la creación del Zarato Ruso en 1547 por Iván el Terrible. Por su parte, en 1648 se instalaría en partes de la Ucrania moderna el llamado Hetmanato Cosaco, independizado de la Mancomunidad Polaco-Lituana (siendo el “primer” Estado netamente ucraniano), pero que se convertiría en una suerte de protectorado ruso tras el Tratado de Pereyáslav de 1654, dando un antecedente, por un lado, de unidad entre Rusia y Ucrania a los nacionalistas rusos y, por otro, de un Estado ucraniano independiente para los nacionalistas ucranianos. Es ya para esta época también que los pueblos eslavos orientales comienzan a ser diferenciados: el Pequeño Rus refería a los eslavos gobernados por Kiev, el Gran Rus refería a los gobernados por Moscú y en el Rus Blanco estarían integrados los eslavos del norte (de la actual Bielorrusia) incorporados recientemente a Rusia. Tras las particiones de Polonia y la captura de la mayor parte de lo que hoy es Ucrania y Bielorrusia a finales del siglo XVIII, el autor afirma que Catalina la Grande, además de lograr una nueva reunificación, también empezó a pensar la nación rusa, esta vez no sólo en términos históricos y religiosos, sino también étnicos: afirmó que rusos, ucranianos y bielorrusos venían del mismo pueblo y articuló una campaña masiva de rusificación que se basó en la conversión a la fe ortodoxa, de construcción de una mitología histórica y de un lenguaje en común. De esta manera, a lo largo del siglo XIX se consolidó un modelo de construcción nacional basado en la unión de las tres ramas de la (“misma”) nación rusa (Grande, Pequeña y Blanca).

Con la creación de la Unión Soviética, la cuestión nacional fue hecha a un lado y reemplazada por la instauración del comunismo como religión de Estado: a Ucrania, en particular, le fue otorgado un amplio grado de autonomía en la unión, reconociéndola como una nación distinta y aceptando el ucraniano como su idioma oficial y algunas manifestaciones de patriotismo con la condición de que se mantenga en la Unión Soviética. Tras su disolución en 1991 y la consecuente llegada de Boris Yeltsin al poder en Rusia, más de 30 millones de ruso-parlantes quedaron fuera de la Federación Rusa y el país se sintió gravemente humillado, por lo que el nuevo presidente tuvo que llevar a cabo una delicada combinación de nacionalismo cívico y étnico: en los primeros años se enfocó en promover la lealtad cívica al nuevo Estado ruso, pero a partir de 1993 comenzó a enfocarse en los “compatriotas” viviendo en el exterior promoviendo el otorgamiento de la doble ciudadanía y la creación de la Comunidad de Estados Independientes con Ucrania y Bielorrusia para mantener a ambos países en su esfera de influencia. El Tratado de Amistad entre Rusia y Ucrania de 1997 favoreció el reconocimiento de Rusia de la independencia ucraniana a cambio de la transferencia de casi la totalidad la flota soviética y de la base de Sebastopol, a lo que se había sumado años antes el otorgamiento de la totalidad del armamento nuclear soviético en territorio ucraniano a Rusia.

Plokyh (2017) (2023) afirma que con la llegada de Putin a la presidencia se dio inicio a un primer proyecto imperial “liberal”, enfatizando las buenas relaciones con Occidente y los países vecinos y promoviendo la integración económica con estos últimos. Esta etapa terminó con las Revoluciones de Colores ya que fueron vistas como amenazas inaceptables a la influencia rusa en los países vecinos, esto dio inicio a un proyecto imperial militarista basado en la autorrepresentación de Rusia como una “nación dividida” y teniendo al “Mundo Ruso” como una parte fundamental de su política exterior con el objetivo de influir en los países vecinos, y en Ucrania particularmente, ya que cree

que son un mismo pueblo que comparten características culturales, étnicas, lingüísticas, históricas y religiosas, aunque injustamente separados. Esta visión, según el autor, fue fuertemente inspirada por la lectura de intelectuales nacionalistas y emigrados rusos por parte de Putin. Para ellos, el este y el sur de Ucrania han sido históricamente territorios rusos que fueron injustamente regalados a Ucrania por los bolcheviques. De esta manera, el Euromaidán y la dimisión de Yanúkovich fue visto por Putin como un golpe de Estado orquestado por Occidente y, por lo tanto, su respuesta fue la anexión de Crimea y el apoyo a los rebeldes del Donbás.

Para Plokhy (2023), a partir de la anexión de Crimea, el imperialismo y el nacionalismo se volvieron los elementos rectores de la política exterior rusa, cuyo objetivo primordial fue la creación de una Gran Rusia compuesta por los territorios considerados históricamente rusos y habitados por rusos étnicos. Sumado a esto, Putin comenzó a hablar sobre Nueva Rusia públicamente, un territorio establecido en el siglo XVIII por Catalina la Grande en las costas del Mar Negro, pero al que Putin definió como los óblasts ucranianos de Odesa, Járkov, Jersón, Nikolaiev, Lugansk y Donetsk, es decir, la totalidad del este y sur de Ucrania que fue entregada “sin razón” por el gobierno soviético. En esas áreas el gobierno ruso centró sus esfuerzos para desestabilizar el control ucraniano a través de manifestaciones y levantamientos militares, aunque sólo tuvo éxito en el Donbás y el proyecto de crear un Estado tapón compuesto por todos esos territorios tuvo que ser abandonado, muestra de lo que, para el autor, es la flexibilidad ideológica y el pragmatismo de Putin. En Ucrania, estos hechos fomentaron el surgimiento de un nacionalismo y patriotismo nunca visto en el país, borrando las históricas diferencias entre el occidente nacionalista y el oriente pro-ruso. El lanzamiento de la invasión de Ucrania del 24 de febrero de 2022 se dio en un contexto en el que Putin, a través de sus discursos y escritos, negaba la existencia de Ucrania como país independiente, afirmaba

que rusos y ucranianos son un mismo pueblo y acusaba a las autoridades ucranianas de llevar adelante un genocidio contra la población rusa, por eso designó como objetivos la desmilitarización y la desnazificación de Ucrania. Para el autor, los servicios de inteligencia rusos le mintieron a Putin al decirle que los ucranianos recibirían al ejército ruso como libertadores, alimentando así sus “fantasías históricas”. Lo que logró la guerra, en realidad, fue, por un lado, destruir por completo las creencias sobre una herencia histórica, cultural y religiosa en común y, por otro, darle a Ucrania una oportunidad para generar un sentimiento identitario fuertemente nacionalista. En su proyecto para crear una Gran Rusia, Putin intentó primer tomar Kiev e instalar un gobierno títere en todo el territorio ucraniano, sin embargo, tras su fracaso, se enfocó en conquistar el este y el sur de Ucrania con la anexión formal de los óblasts de Jersón, Zaporíyia, Lugansk y Donetsk en septiembre de 2022. Para finalizar, Plokhyy (2023) afirma que la división actual de Ucrania la convierte en la Alemania de la guerra fría, sólo que ahora el mundo bipolar está dirigido por Estados Unidos en Occidente y por China en Oriente.

Kolesnikov (2015) comenta que la ideología del gobierno de Putin tiene sus raíces en la ideología conservadora y nacionalista que surgió la Rusia zarista del siglo XVIII y cuyas principales características continuaron manifestándose en mayor o menor medida a lo largo de la historia rusa: primeramente, el gobierno ruso le otorga a la Iglesia Ortodoxa Rusa un rol protagonista en la difusión de valores conservadores, en la concepción nacional rusa y en la justificación de reclamos territoriales; segundo, el militarismo es un valor cuasi-sagrado del que Rusia siempre se ha jactado ya que le permite defenderse de agresiones externas, las cuales casi siempre provienen de Occidente y más particularmente de los Estados Unidos; este militarismo, a su vez, promueve la idea de un Estado fuerte, centralizado y paternalista que puede recortar

libertades individuales internas e intervenir en el mercado con el fin de promover la autonomía rusa en el ámbito externo y garantizar la condición de “gran potencia”.

Los libros *Who Lost Russia?* de Peter Conradi y *The Story of Russia* de Orlando Figes son importantes trabajos actuales de dos historiadores británicos sumamente reconocidos que abarcan una gran parte de la historia rusa y que intentan explicar el conflicto en Ucrania. Conradi (2022) escribe a partir desde la caída de la Unión Soviética, allí habla del clivaje histórico entre “occidentalistas” (que llegaron al poder en 1991 y que veían a Occidente como el modelo de desarrollo a seguir) y los “eslavófilos” (centrados en la naturaleza única de Rusia y del cristianismo Ortodoxo) y del inmediato establecimiento de un “exterior cercano” sobre las exrepúblicas soviéticas (con especial énfasis en Ucrania y Bielorrusia), a las cuáles les resultaba difícil reconocer como totalmente independientes y se arrogaba una esfera de influencia propia sobre ellas. También cuenta como se fue forjando un sentimiento de humillación propia y también de desconfianza y resentimiento hacia la OTAN, a la que se comenzó a ver como una alianza ofensiva en contra de Rusia tras irse expandiendo hacia el este. Habla de Putin como un nostálgico del poderío soviético inicialmente con buenas intenciones en sus relaciones con Occidente que apoyó a Estados Unidos en su guerra contra el terrorismo y hasta afirmó que le interesaría ingresar a la OTAN. Esta situación no tardaría en cambiar tras desencuentros con los líderes occidentales especialmente tras las Revoluciones de Colores en Ucrania y Georgia: Occidente vio estas manifestaciones positivamente como olas democratizadores que llegarían todos los países exsoviéticos mientras que Rusia las vio como un intento estadounidense de alejar a estos países de su esfera de influencia. A partir de allí Putin comenzó a tener una retórica nacionalista, conspiracionista y antioccidental, sin embargo, para el autor estas ideas no tienen el protagonismo que otros autores le otorgan ya que la ideología de Putin y del Kremlin es, ante todo, el

pragmatismo. Es bajo esta luz (la del pragmatismo y la de los intereses geopolíticos rusos contrarios a Occidente y no la del nacionalismo y la ideología) que, para el autor, debe estudiarse y analizarse la invasión rusa de Ucrania (ya en 2008 había manifestado que Ucrania era un Estado artificial y que, si Ucrania se unía a la OTAN, iba a tener que hacerlo sin Crimea ni sus provincias orientales) y su política con los otros Estados vecinos.

Por su parte, el trabajo de Figes (2022) es más ambicioso ya que cubre absolutamente toda la historia de Rusia: desde los orígenes del Rus de Kiev en el siglo IX hasta la actualidad. Él afirma que a lo largo de la historia rusa, el Estado autocrático ha sido desafiado numerosas veces, pero siempre consiguió rehacerse con el poder, y bajo este patrón constante hay que entender al gobierno de Putin: siempre ha tenido una visión conservadora y Estado-céntrica sobre Rusia. Figes (2022) también cree que la expansión hacia el este de la OTAN fue la principal causa por la que Rusia se volvió fuertemente anti-Occidental, en ojos de Putin fue una traición a la promesa de Occidente de no extenderse ni un paso más hacia el este y, por lo tanto, una seria provocación hacia Rusia en lo que debería ser su esfera de influencia. Debido a esto, en los últimos años Putin ha enfatizado en la necesidad de recuperar la influencia en lo que él llama “Mundo Ruso” (una familia de eslavos que comparten una historia, religión y cultura desde el Rus de Kiev) y que, desde 2012, lo ha vuelto su principal arma en política exterior, particularmente centrándose en los países que tienen grandes minorías rusas. De esta manera, Ucrania, un territorio que es parte de Rusia pero siempre fue influenciado por enemigos occidentales, es visto como el escenario en el que sucedería ese inevitable “choque de civilizaciones” entre Occidente y Rusia. El objetivo de Putin con su invasión fue, entonces, mantener a Ucrania dividido, débil y dependiente de Rusia con el fin de evitar que caiga en manos Occidentales. Para el autor, este hecho tiene más que ver con

un “síndrome post-imperial” ruso de tomar revancha contra su excolonia que con borrar la nación ucraniana de la Tierra, buscaba destruir al ejército ucraniano y establecer un puente terrestre con la anexión de todo el Este de Ucrania hasta Crimea para garantizar la inviabilidad del Estado ucraniano y evitar su acercamiento a Occidente.

El libro *Russians as the New Minority. Ethnicity and Nationalism in the Soviet Successor States* de Jeff Chinn y Robert Kaiser sirve para entender la relación histórica de Rusia con Bielorrusia y con Ucrania. Chinn (1996) comienza afirmando que rusos, bielorrusos y ucranianos son pueblos eslavos orientales que comparten tradiciones históricas, culturales y lingüísticas en común. A lo largo de la historia, Rusia ha internalizado que las 3 naciones comparten la misma sangre y que tanto Bielorrusia como Ucrania forman parte de la Madre Rusia, lo que hace particularmente difícil contemplar y aceptar su independencia. Bielorrusia, por su parte, se ha identificado como un grupo étnico distinto, pero nunca ha materializado un sentimiento nacional concreto y sus líderes han hecho lo posible para oponerse a cualquier tipo de nacionalismo, esto se debe a varias razones: su territorio siempre fue conquistado por potencias imperialistas (ya sea Rusia o Polonia) y su población siempre ha estado recluida a ámbitos rurales, con poca alfabetización y mucha pobreza, lo que generaba que sean más fácilmente asimilados por sus conquistadores. Esto facilitó una más fácil rusificación de Bielorrusia que generó un sentimiento de cercanía y hermandad entre bielorrusos y rusos, tanto así que Bielorrusia votó por preservar la Unión Soviética y un gran porcentaje de la población en la actualidad le da más importancia a las buenas relaciones con Rusia que a tener un nacionalismo autóctono. Por otro lado, la situación de Ucrania es totalmente distinta: la población rusa dentro del país ha sido históricamente alta (cerca del 20%) y tienen una gran influencia económica y cultural, especialmente en las regiones industrializadas ruso-parlantes del este y sur del país: Donbás, Novorossiia y Crimea. En el oeste, por su parte,

la población ha desarrollado una identidad nacional clara en torno a la lengua y a la cultura ucraniana que posteriormente se trasladó a los ámbitos gubernamentales, favoreciendo el surgimiento del nacionalismo en pos de la independencia del país. Esta situación lo que genera es un clivaje entre un oeste nacionalista e independentista y un este y un sur secesionistas y ligados a Rusia, mientras que, para Rusia, Ucrania es una parte integral y esencial de su nación y siempre se ha manifestado en contra de su independencia.

Por último, si bien Zhurzhenko (2014) se centra en la historia ucraniana, parece pertinente incluir su artículo debido a que explica muy bien la dinámica etnonacional de Ucrania desde su independencia de la Unión Soviética, comúnmente caracterizada por los intelectuales como una “nación dividida” entre “dos Ucránias”: una en el oeste históricamente ligada a occidente y otra mucho más conectada a Rusia en el este y el sur. La autora, sin embargo, demuestra que las distinciones nacionales, étnicas y lingüísticas entre rusos y ucranianos eran más bien difusas, así cerca de un tercio de la población se definía a sí misma como “ucranianos ruso-parlantes”. Las difusas diferencias entre las dos Ucránias recién comenzaron a explotarse políticamente con la irrupción del Partido de las Regiones liderado por el expresidente pro-ruso Viktor Yanukovich a principios de los 2000, este partido se presentó a sí mismo como el protector del este ucraniano ruso-parlante ante los embates de los nacionalistas radicales y neo-nazis del oeste del país por imponer su visión nacional. A partir de la “revolución naranja” del 2005 el gobierno de Putin se esforzó mucho por presentar a los políticos opositores a Yanukovich (entre los que destacan Poroschenko y Yushchenko) como “banderistas” (haciendo referencia a Stepan Bandera, un nacionalista ucraniano que colaboró con los nazis en la Segunda Guerra), neo-nazis y títeres de occidente que buscaban violar los derechos de los ciudadanos ruso-parlantes del este y someterlos a un proceso de “ucranización” forzada; por lo que Rusia aumentó su apoyo material a grupos y organizaciones pro-rusas para

“defender los derechos de esos ciudadanos” y también para contar con un elemento de presión y chantaje ante el gobierno ucraniano de turno. La autora concluye que, paradójicamente a partir del Euromaidán y de la anexión de Crimea en 2014, la Rusia de Putin le dio a los nacionalistas ucranianos el enemigo externo perfecto que les permitió consolidar su conciencia nacional.

Nacionalismo e irredentismo en la política exterior de la Rusia de Vladimir Putin

Hay un gran número de trabajos que hablan sobre el rol del nacionalismo y del irredentismo en la Rusia de Putin, más aún se escribió y se sigue escribiendo tras los hechos que siguen aconteciendo en Ucrania. En la revisión de la literatura se observaron dos tendencias diferenciadas: un primer grupo de trabajos con una retórica más influyente, argumenta que el rol del irredentismo en la política rusa es ciertamente limitado y responde únicamente a un mecanismo del gobierno ruso para cooptar grupos disidentes y ampliar su esfera de apoyo a la vez que convive con otras ideologías más influyentes como el imperialismo, los trabajos de Pal Kolsto y de Marlene Laruelle son dos exponentes importantes de esta visión. Por su parte, hay otro grupo de autores, entre los que principalmente destaca Taras Kuzio y el ya nombrado Serhii Plokhy, cuyos trabajos son más recientes y afirman que efectivamente el irredentismo se volvió un elemento rector de la política exterior de Putin, tendencia que se profundizó desde la anexión de Crimea en 2014. Ambas corrientes dan una vital importancia a este último hecho como parteaguas en la política exterior rusa.

Como se ha dicho anteriormente, Marlene Laruelle es una de las académicas que más trabajos ha dedicado a la Rusia de Putin, en el artículo llamado “Russia as a Divided Nation” (2015) la autora argumenta que el gobierno ruso se autorrepresenta como una nación dividida (con compatriotas dentro y fuera de las fronteras del Estado ruso), pero

en realidad, la retórica nacionalista e irredentista de Rusia es solamente un instrumento para llevar a cabo su política exterior y para asimilar y cooptar dentro del gobierno a movimientos políticos nacionalistas originalmente opositores. Según la autora, la intervención rusa en Ucrania no se debe a una causa irredentista basada en la protección de los ciudadanos rusos y en la historia en común con Ucrania, sino que en realidad fue un castigo de Rusia al gobierno de Ucrania por no respetar las reglas de juego de Rusia: por un lado, el gobierno ucraniano violó un acuerdo implícito en el que Rusia respetaba la independencia y soberanía de Ucrania siempre y cuando Ucrania se comprometiera a no llevar a cabo una política anti-rusa y a no acercarse a Occidente, esto se rompió cuando Ucrania comenzó las charlas para firmar un tratado de comercio con la Unión Europea y cuando se manifestó favorablemente a una posible entrada a la OTAN; por otro lado, Ucrania permitió que sucedieran lo que los rusos ven como manifestaciones “golpistas” que tenían consignas democráticas inspiradas por valores de Occidente y financiadas por la plata occidental con el objetivo de desplazar al gobierno pro-ruso de Yanukovich. El precio a pagar por la primera violación fue la anexión de Crimea y el precio por la segunda fue el apoyo logístico y material a la insurgencia en el Donbás. En otro artículo, Laruelle (2014) distingue entre dos tipos de nacionalismo ruso: uno desde arriba (gubernamental) con una narrativa “civilizatoria” que afirma que Rusia es un país único con una cultura, religión, historia y unos valores conservadores distintivos que hacen que su destino sea el de una potencia mundial; y otro nacionalismo desde abajo (más popular) que tiene una narrativa xenófoba y que enfatiza el peligro que conlleva la llegada de inmigrantes desde todos los rincones de Asia. Laruelle mantiene que ambas formas de nacionalismo son tomadas, adaptadas y manipuladas por el gobierno de Putin para lograr apoyos internos y legitimar sus acciones en Ucrania, mostrando la no-anexión del Donbás en 2014 como

una prueba irrefutable de que los motivos rusos son geopolíticos y no irredentistas ni etnonacionalistas.

Quizá el trabajo que mejor sintetiza esta línea de pensamiento sobre el nacionalismo es el libro *The New Russian Nationalism*, del cual Pål Kolstø es compilador y Marlene Laruelle escritora. Allí, Kolstø (2016) divide a los nacionalistas rusos entre los nacionalistas “estatistas” o “imperialistas” y los etnonacionalistas; los primeros centrados en la necesidad de mantener un Estado grande y fuerte y los segundos enfocados en los intereses del pueblo ruso, definido en términos étnicos y raciales. El autor afirma que a partir de la anexión de Crimea en 2014, Putin utilizó por primera vez una retórica nacionalista propia de estos grupos nacionalistas rusos para afirmar, por un lado, que defendía a los rusos étnicos que viven fuera las fronteras de Rusia y, por otro, que defendía los intereses nacionales de Rusia, contentando de esta manera a los etnonacionalistas/irredentistas y también a los nacionalistas “imperialistas” y así obtener de ellos un apoyo político hasta entonces esquivo. Sin embargo, el autor se muestra fuertemente interesado por la “etnificación” del nacionalismo ruso que tuvo lugar en los últimos años, en contraposición al nacionalismo ruso histórico que estuvo presente tanto en la Rusia zarista como en la Unión Soviética y que no otorgaba a la etnia o a la raza un lugar prominente, sino a la lealtad al Estado. El autor traza el inicio de la etnificación del nacionalismo ruso hasta el gobierno de Boris Yeltsin en los años noventa, con la aparición de movimientos minoritarios que enfatizaban la necesidad de apoyar y proteger los derechos de los rusos que terminaron viviendo en el extranjero como resultado de la disolución de la URSS. Este pensamiento se mantuvo en la marginalidad durante los años posteriores hasta bien entrada la década del 2000, cuando empezó a adquirir más importancia por el rechazo hacia la llegada de inmigrantes provenientes de Asia central y oriental y por la utilización de su retórica por parte del gobierno ruso. No obstante, el

autor concluye afirmando que esta “etnificación” del nacionalismo ruso por parte del gobierno es difusa y contradictoria y responde más a una estrategia legitimadora que a una verdadera adopción del etnonacionalismo y del irredentismo como su ideología estatal. Al igual que Kolstø, Helge Blakkisrud (2016) también afirma que en los últimos años ha habido una “etnificación” del nacionalismo ruso, históricamente más ligado a una identidad multiétnica y multiconfesional ligada a la lealtad al Estado. Según el autor, el Kremlin ha ido borrando los límites entre las identidades étnicas y cívicas con el fin de aumentar su margen de maniobra político a nivel local e internacional

En el mismo libro, Emil Pain (2016) habla sobre la influencia que el “síndrome imperial” tiene sobre el nacionalismo ruso, el autor enumera 3 características del nacionalismo ruso que se han mantenido desde el siglo XVIII y que denotan la existencia de este síndrome: el esencialismo (la idea de que el pueblo ruso tiene cualidades culturales especiales y eternas que lo distinguen de otros pueblos, particularmente de los pueblos de Occidente), el carácter imperial defensivo (tanto el gobierno autócrata como la preservación del imperio son objetivos vitales para la supervivencia del Estado ruso) y el principio de dominación política de los rusos étnicos (derechos preferenciales a los rusos étnicos, el lema “Rusia para los rusos”). Esto se mantiene aún hoy ya que Putin ha declarado que la caída de la Unión Soviética fue “la mayor catástrofe geopolítica de la historia” y la anexión de Crimea fue una acción activa para mantener el status imperial ruso. Además, para Pain (2016) este síndrome imperial tiene tres elementos básicos: el orden imperial (es decir, el régimen político del imperio, lo contrario a la democracia y a la soberanía popular), el cuerpo imperial (el territorio del país que adquiere un status cuasi-sagrado, al que hay que defender a toda costa y, si es posible, agrandarlo) y la consciencia imperial (basada en estereotipos tradicionales entre los que se destacan que Rusia es una civilización especial preservada eternamente en el “alma rusa” y que

Occidente es la mayor amenaza a esta civilización rusa). Toda esta maquinaria del nacionalismo imperial fue puesta en marcha por las autoridades rusas y se ha convertido en un aliado del gobierno que le permitió obtener el apoyo de grupos nacionalistas opositores tras la anexión de Crimea; esta tendencia a redireccionar al nacionalismo imperialista por parte del gobierno ruso, afirma el autor, es probable que se mantenga en los años siguientes generando así la destrucción de la mayoría de movimientos y partidos políticos nacionalistas de Rusia en favor del concepto de “nacionalidad oficial” encabezado por el gobierno.

Es también relevante lo escrito por Mikhail Alexseev (2016) sobre el incremento de la importancia del nacionalismo étnico del gobierno ruso tras la anexión de Crimea: Putin declaró que Crimea es “un territorio ancestral ruso”, Sebastopol una “ciudad rusa” y Kiev “la madre de las ciudades rusas”, por lo que su anexión también implicaría la defensa de un millón y medio de ciudadanos rusos del gobierno ucraniano pro-occidental. El análisis del autor sobre una gran cantidad de encuestas, sin embargo, arrojó que la identidad étnica tiene efectos limitados en la sociedad rusa por una serie de razones: tanto los rusos étnicos como los no étnicos (incluso más fervientemente) apoyaron y apoyarían fuertemente la expansión territorial rusa hasta 2014, ambos grupos estaban igualmente orgullosos de su identidad étnica como de la ciudadanía rusa, y ambos votaron por Putin en 2012 y 2013. En otro trabajo dentro del mismo libro, Alexseev y Henry Hale (2016) utilizan dos encuestas importantes llevadas a cabo por la NEORUSS Survey de la Universidad de Oslo en 2013 y 2014 para ver como los rusos se autopercebían en términos étnicos, nacionales y políticos: los resultados mostraron que la sociedad rusa cree que el gobierno ucraniano es corrupto, fascista y títere de Occidente y disputaron la legitimidad y la soberanía de Ucrania como Estado, en clara consonancia con lo afirmado por el gobierno ruso y sus principales medios de comunicación. Sin embargo, la mayoría de los

encuestados demostró no saber qué significa el concepto irredentista de *Novorossia*, no ven a los ucranianos como un pueblo hermano y aseguraron que preferían que su país no se entrometa para evitar que países exsoviéticos se unan a la Unión Europea. En este sentido, el abrupto ascenso de la retórica etnonacionalista tras la anexión de Crimea pareció no tener casi ningún impacto en la encuesta del 2014 ya que el orgullo étnico ruso se mantuvo estable en los mismos parámetros que años anteriores y a que la mayoría manifestó estar conforme con que Rusia sea y siga siendo un Estado multiétnico y diverso, sumado a esto está el hecho de que la mayoría de los encuestados afirmó que las fronteras rusas debían mantenerse como estaban (con Crimea incluida, pero sin avanzar sobre otros territorios). Estos hechos, para el autor, demuestran, por un lado, la escasa influencia que tuvieron el nacionalismo étnico y el irredentismo en la sociedad rusa y, por otro, el aumento de apoyo hacia el gobierno y hacia el Estado ruso.

Por otro lado, Hale (2016) caracteriza al gobierno de Putin como un “presidencialismo patronal” en el que los altos niveles de corrupción, el bajo capital humano y el débil estado de derecho son las principales características. El autor argumenta que, desde su llegada al poder en 1999 y hasta el 2014, Putin decidió no utilizar al nacionalismo como una herramienta política debido principalmente a tres razones: la mayoría de los partidos opositores habían utilizado tópicos nacionalistas, lo que hacía que el gobierno no pueda diferenciarse de ellos si decidía utilizar una retórica más nacionalista; adoptar un nacionalismo fuerte podría haber sido divisivo y peligroso para conservar apoyos políticos, especialmente desde sectores liberales y modernizadores; e históricamente ha habido muchos tipos de nacionalismo ruso que en diversos temas se contradicen entre sí. Estas razones, sin embargo, cambiaron lo suficientemente para que el gobierno ruso adopte al nacionalismo a partir de 2014: primero, la retórica nacionalista de los partidos y organizaciones opositoras comenzaron a salirse del control del Kremlin

y a criticarlo abiertamente, haciendo necesario que el gobierno deba dejar su abstención en pos de controlar estos sentimientos nacionalistas; segundo, el apoyo de los liberales y modernistas ya se había esfumado a partir del 2011, cuando comenzaron a protestar en las calles por el fraude electoral y por el estancamiento económico; y tercero, la anexión de Crimea contentaba a todos los grupos nacionalistas rusos porque, por un lado, se incorporaba una gran cantidad de rusos étnicos y, por otro, se recuperaba un territorio histórico que formó parte del Imperio Ruso y de la Unión Soviética que es fácil de defender militarmente y que contiene el puerto más importante del país (Sebastopol), donde se encuentra la Flota del Mar Negro de Rusia. Esta anexión, entonces generó un impresionante apoyo al gobierno, no sólo desde todos los sectores nacionalistas, sino también desde la sociedad en su totalidad.

Por último, es de sumo interés lo escrito por Marlene Laruelle (2016). En su capítulo, argumenta que Putin solamente se limita a repetir un discurso etnonacionalista e irredentista en auge del cuál no es parte debido a varias razones: hasta ese momento había decidido no anexar el Donbás, buscaba fuertemente la realización de la Unión Euroasiática con libre movimiento de personas (pese a la xenofobia reinante en Rusia) y veía en Ucrania el lugar principal en el que llevar a cabo la competencia geopolítica con Occidente. Luego, la autora enumera tres posibles opciones identitarias de Rusia, todas con Europa como centro: ser un país europeo que sigue el camino Occidental de desarrollo, ser un país europeo que sigue un camino de desarrollo no Occidental, y directamente no ser un país europeo (Eurasianismo). Laruelle argumenta que el gobierno de Putin se decidió por la segunda posibilidad, es decir, ser un Estado europeo que no sigue el camino de Occidente: el conservadurismo se volvió la ideología oficial de Estado y el lenguaje gubernamental se convirtió al mismo tiempo en un lenguaje del patriotismo (amor a la patria y, por lo tanto, al Estado ruso y a sus autoridades), de la moralidad

(entendida por el respeto de los valores “tradicionales”: la familia heterosexual, la vida sana sin excesos y el respeto por la jerarquía) y de la cultura nacional (una historia única, el rol vital de la Iglesia Ortodoxa Rusa y con grandes exponentes de las distinguidas artes y cultura rusa). De esta manera, el conservadurismo le permite al Kremlin presentarse como “otra Europa” contrapuesta a la Europa “Occidental” relacionada al liberalismo y a la decadencia identitaria, social y cultural.

Tabachnik (2020) es de los pocos que brindan una explicación multicausal a los hechos en Ucrania ya que afirma que el irredentismo y el etnonacionalismo sólo brindan una explicación parcial a las acciones rusas en Ucrania y que deben estudiarse junto a otras ideologías de relevancia en Rusia como el imperialismo y la obsesión de mantener su status de gran potencia. El irredentismo y el etnonacionalismo fueron utilizados como herramientas para buscar el apoyo de los ciudadanos rusos dentro de Rusia y también fuera de ella (especialmente en el este y sur de Ucrania) y así mejorar su imagen interna y externa para poder intervenir activamente en Ucrania. Al mismo tiempo esto se complementó con una readopción de ideas imperialistas asociadas a la nostalgia de la Unión Soviética y a la importancia de un patriotismo que le permita a Rusia reestablecer su esfera de influencia en las regiones multiétnicas y multiculturales que pertenecieron al Imperio Ruso y a la Unión Soviética. De esta manera, tanto para la visión que enfatiza en el irredentismo como para la que enfatiza en el imperialismo, Ucrania es un factor clave del cual Rusia no puede permitirse prescindir: desde la postura irredentista porque el este de Ucrania y Crimea son un territorio ruso “ancestral” cuya historia en común se remota al Rus de Kiev en el siglo X y además está habitado por compatriotas víctimas de persecuciones por el gobierno central en Kiev; desde la postura imperialista, ni el Imperio Ruso ni la Unión Soviética pueden autoconcebirse sin estar compuestos por Ucrania, tanto por su extensión territorial como por sus recursos económicos.

Como se ha dicho anteriormente, Taras Kuzio es el principal exponente de los autores que le otorgan al irredentismo un rol preponderante en la política exterior rusa, esto está expresado en su libro *Russian Nationalism and the Russian-Ukrainian War*. Allí, Kuzio (2022) critica a los académicos como Kolstø y Laruelle al afirmar que estudian incorrectamente el nacionalismo ruso porque la gran mayoría cree que el nacionalismo no tiene ningún tipo de influencia en la política rusa y es solamente utilizado como una herramienta política. El autor, por su parte, se encuadra en los que otorgan al nacionalismo y al irredentismo una importancia vital en el gobierno de Putin y cree que definen su relación con Ucrania y los ucranianos. Según esta visión, el origen de la anexión de Crimea y luego de la invasión a Ucrania tiene que ver con la histórica incapacidad de Rusia de reconocer la independencia del Estado y de la nación ucraniana y esto se manifiesta en todas las identidades rusas: una imperial, con la misión histórica de crear un Estado expansivo y supranacional; una nacional rusa, que afirma que los rusos son la nación principal de las tres eslavas orientales, con un origen y una cultura común; una de defensa de los compatriotas ruso-parlantes, que establece que el lenguaje es la principal marca de identidad nacional, sin importar las adscripciones étnicas y que engloba a los habitantes de Ucrania y Bielorrusia; y otra racial, que también comprende al resto de pueblos eslavos orientales.

La teoría de Kuzio es que el nacionalismo ruso y su visión negativa sobre Ucrania está fuertemente influenciado por los “rusos blancos emigrados”, es decir, por rusos opositores a los bolcheviques que tuvieron que emigrar tras la Revolución Rusia, que regresaron a puestos de gobierno tras la caída de la URSS y que, junto a otros grupos como los “eurasianistas”, los “bolcheviques nacionalistas”, los neo-nazis y sectores del cristianismo Ortodoxo radicalizados, terminan conformando lo que él llama “coalición roja-blanca-marrón”, dentro de la cual comparten una misma serie de creencias

nacionalistas e imperialistas: una gran nación rusa compuesta por rusos, ucranianos y bielorrusos; una Rusia unida e indivisible siempre atacada por conspiraciones Occidentales; la importancia de la rusificación de territorios y pueblos; el antisemitismo; la admiración por Stalin como hombre de Estado fuerte; el fundamentalismo del cristianismo Ortodoxo; la xenofobia y el rechazo hacia los valores democráticos y liberales occidentales; y la misión o “destino manifiesto” de ser un gran poder euroasiático y mundial. El autor afirma que el irredentismo ruso es netamente estatal y puede verse en sus relaciones con los países vecinos: Rusia cree que el respeto de las fronteras con las exrepúblicas soviéticas está sujeto a que éstas se mantengan dentro de su esfera de influencia, esto es aún más fuerte y agresivo para con Bielorrusia y Ucrania y la prueba de esta postura revisionista en la gran cantidad de conflictos híbridos desatados en países fronterizos como Ucrania, Moldavia y Georgia. Esto se complementa, por un lado, con una postura de integración regional de los Estados postsoviéticos nucleada en la Comunidad de Estados Independientes y, por otro, con la imposición de una “bielorrusianización” en los países con minorías rusas, es decir, la demanda de reconocimiento de los rusos como segunda nacionalidad titular y la elevación del ruso como lengua oficial de estos Estados. Además, argumenta que dos situaciones en particular fomentaron la adopción del irredentismo por parte del Kremlin: la primera fue durante las Revoluciones de Colores en Ucrania y Georgia en 2003 y 2004, a las que Rusia respondió llevando a cabo su política exterior en términos mucho más nacionalistas y agresivos; y la segunda se dio entre 2011 y 2013, años en los que la Unión Europea se acercó a muchos países exsoviéticos en los que se desataron protestas en Rusia en contra del gobierno de Putin por el fraude electoral que fueron vistas por el Kremlin como intentos estadounidenses de fomentar una revolución de color dentro de su país y a lo que

se respondió aumentando su autoritarismo interno y su agresividad diplomática y militar para que los países vecinos declinen sus tratados con la UE.

Para Kuzio (2022), el gobierno de Putin y los nacionalistas rusos comparten esta visión de Ucrania como un Estado artificial e ilegítimo compuesto por tres territorios: Crimea y Sebastopol, territorio histórico ruso transferido injustamente a Ucrania en 1954 por las autoridades soviéticas; la Ucrania perteneciente al Mundo Ruso, compuesta por los territorios del sur y del este de Ucrania habitados por “pequeños rusos”, tanto Crimea como *Novorossiia* son vistos como una “Jerusalén” para Rusia; y la “rusofóbica” Ucrania Occidental, la cual nunca formó parte del Mundo Ruso (y sí de la Mancomunidad Polaco-Lituana) y está repleta de nacionalistas y “neonazis”. Toda esta serie de creencias históricas nacionalistas contribuyó a la creación de una ideología alrededor de Ucrania: la inapelable pertenencia de Ucrania al Mundo Ruso, por lo que no posee historia ni cultura distinguida de la rusa, con Kiev como la “madre de las ciudades rusas” y una “unidad eterna” entre ambos pueblos. Estas, para el autor falsas creencias fomentan, a su vez, una creciente ucranofobia fomentada por Putin desde 2014 como castigo a la intención ucraniana de “separarse del Mundo Ruso” y acercarse al siempre enemigo occidental. En contraposición afirma que, en los últimos años y como respuesta a la amenaza rusa, Ucrania ha experimentado un gran crecimiento de lo que él llama “patriotismo” o “nacionalismo cívico”: los ruso-parlantes del este y sur de Ucrania han reconfigurado su identidad étnica ante encontrarse en una situación de guerra que los obligaba a tomar posición entre Rusia y Ucrania. Además, los ucranianos parecen no entender ni sentirse atraídos por la retórica irredentista de Putin y tienden a verla como otra forma de imperialismo. Esto se ve reflejado, por un lado, en las encuestas: la proporción de ucranianos que afirmaban ser étnicamente rusos pasó de ser el 22% de la población en 1989 a tan sólo un 6% en la actualidad; por otro, se comprueba que la

autoidentificación de los ruso-parlantes responde a una identidad cívica leal al Estado ucraniano y cerca del 60% de los combatientes ucranianos en el Donbás son ruso-parlantes. Debido a esto, tanto rusos como ucranianos han desarrollado una fuerte oposición y actitudes negativas hacia su Estado vecino.

Teniendo todo esto en cuenta, en un artículo, Kuzio (2022) afirma que Rusia invadió Ucrania porque Putin comparte esta “obsesión histórica” con Ucrania, vista como la “Pequeña Rusia” de la Gran Nación Rusa, la cual está compuesta por la “Gran Rusia” (Rusia) y la “Rusia Blanca” (Bielorrusia). De esta manera, la Ucrania independiente es actualmente vista como un producto artificial construido por Austria en el siglo XIX, por Polonia y por Lenin en el siglo XX y por Estados Unidos y la Unión Europea en los últimos años, siendo a lo largo de la historia un títere “Occidental” utilizado en contra de Rusia, su madre patria. El autor augura que la guerra puede extenderse indefinidamente debido a que Putin parece mantenerse en el poder hasta su muerte, a que el resto de los políticos comparte sus políticas chauvinistas e irredentistas y a que el problema se encuentra en la identidad nacional rusa y su percepción sobre Ucrania.

Nina Miholjic (2019) también forma parte de este grupo de autores ya que afirma que efectivamente Rusia es percibido como una amenaza irredentista por los países vecinos debido a que, por un lado, se estima que hay cerca de 25 millones de rusos viviendo en las exrepúblicas soviéticas y a que, por otro, la administración de Putin se volvió netamente irredentista y expansionista desde la anexión de Crimea en 2014. Para la autora este hecho puso de manifiesto la eficacia del irredentismo como instrumento de política exterior al poder dotarle al gobierno ruso de argumentos (la defensa de intereses nacionales, la protección de las minorías étnicas rusas en el exterior y la pertenencia histórica del territorio ucraniano a Rusia) para justificar su expansión territorial ante la población local, la cual la apoyó con grandes índices de aprobación. Por último, también

es de sumo interés la mención que hace a los potenciales casos de irredentismo ruso en Ucrania, en particular los reclamos al territorio de *Novorossiya* (Nueva Rusia) que incluye los óblast ucranianos de Donetsk, Lugansk, Járkov, Jersón, Nikolayev, Zaporizhia y Odessa que hoy están ocupados (y anexados) en su totalidad o en parte por Rusia desde la invasión de febrero de 2022 bajo los mismos argumentos expresados en la anexión de Crimea. Aunque también afirma que el peligro no se termina en Ucrania, sino que territorios con minorías rusas considerables como Transnistria en Moldavia, el norte de Kazajistán y parte de los tres Estados bálticos podrían también ser reclamados por el gobierno ruso. Concluye afirmando que la idea de “proteger” al Mundo Ruso (*Russkii Mir*) incorporando los territorios que históricamente formaron parte del Imperio Ruso y que están habitados por comunidades ruso-parlantes junto al concepto de “nacionalidad oficial” son los claros ejemplos de que el irredentismo ruso se ha convertido en una parte integral de la política exterior rusa.

Driscoll y Steinert-Threlked (2019) realizan un novedoso trabajo en el que relacionan al irredentismo ruso con la utilización de los principales medios de comunicación y de las redes sociales por parte del gobierno ruso. Argumentan que la decisión de anexar Crimea se llevó a cabo estudiando minuciosamente la recepción que podía tener en la opinión pública. Resulta sumamente interesante su análisis sobre la utilización de Twitter en Ucrania: si bien la mayor cantidad de tweets anti-rusos se dieron en el oeste del país, mientras que los pro-rusos se centraron en el este y en el sur (algo predecible teniendo en cuenta la composición étnica de las regiones), la diferencia entre las dos regiones no resultó ser tan marcada ya que en *Novorossiya* los tweets pro-Kremlin no fueron tan numerosos como los tweets anti-Kremlin del oeste. Esto demuestra que, a pesar de las diferencias regionales y étnicas, la mayoría de la población ucraniana apoyaba la preservación territorial de Ucrania y se consideraba parte de la nación

ucraniana. Esto, para los autores, fue una de las principales causas por las que Rusia decidió no intervenir activamente para anexar el Donbás ni en el resto de *Novorossiya* en 2014.

Para finalizar, Ambrosio (2016) estudia lo que llama la “campana de gestión de la percepción” que Rusia llevó a cabo para justificar sus reclamos irredentistas sobre Crimea, esta campana se basó en la construcción de una narrativa para legitimar sus acciones y deslegitimar los reclamos de Ucrania y los países occidentales y constó de tres argumentos básicos: la incorporación de Crimea a Rusia fue un acto legítimo de autodeterminación de los habitantes de Crimea al primero declarar la independencia y luego incorporarse a Rusia vía referéndums, hechos que Rusia sólo se limitó a aceptar; Rusia tiene un reclamo válido y justificado sobre la península ya que comparten lazos históricos, étnicos y culturales y ya que fue transferida a Ucrania de manera ilegítima y autoritaria en 1954 por parte del gobierno soviético; y culpa, por un lado, a Occidente por su violenta ideología anti-rusa y por su intromisión en la política interna de Ucrania con el fin de debilitar a Rusia y, por otro, al gobierno ucraniano por ser un títere occidental “neonazi y anti-ruso” y por violar los derechos de los ciudadanos ucranianos ruso-parlantes y/o étnicamente rusos.

ACLARACIONES ETIMOLÓGICAS

Antes de adentrarme de lleno en el desarrollo del trabajo, resulta pertinente realizar una serie de aclaraciones con respecto a la etimología de ciertas palabras del idioma ruso que tienen una importancia central a los fines del estudio. El ruso es un idioma eslavo que utiliza el alfabeto cirílico y que, por lo tanto, tiene una fonología y una gramática diametralmente opuesta a otros idiomas como el español y el inglés. Debido a esto, es un idioma que a veces tiene dos palabras distintas (y con distintos significados) para referirse a un concepto que, en el idioma español, sólo es representado por una palabra. Además, muchas veces una misma palabra en ruso es escrita de dos maneras diferentes en el alfabeto latino (por ejemplo, Jrushchov o Khrushchev), lo que presta a aún más confusiones. Por último, es importante también definir una serie de palabras que se abordan constantemente a lo largo del trabajo y, si bien son del idioma castellano, muchas veces su definición no está del todo clara. A continuación se detalla cuáles son y qué significado tienen esta serie de palabras claves a la hora de estudiar al nacionalismo ruso.

La primera y más importante aclaración es que la lengua rusa tiene dos palabras distintas con distintos significados para referirse al gentilicio de Rusia, es decir, “ruso/a”. La primera es *rossiyskiy*, *rossisskii* o *rossiyski* y es el gentilicio utilizado para hablar de los rusos de manera más inclusiva, apelando a su ciudadanía y a su pertenencia a Rusia como Estado, sin importar adscripción étnica. La segunda palabra es *russskiy* o *russskii* y, por el contrario, se utiliza para referirse a los rusos en términos únicamente étnicos, excluyendo al resto de etnias y nacionalidades dentro y fuera de Rusia. De esta manera, el primer concepto es más abarcativo y refiere a los rusos en términos cívicos, mientras que el segundo es más restrictivo al referirse a los rusos por su lengua y etnicidad. (Laruelle, 2017) Si bien desde el fin de la guerra fría y la disolución de la Unión Soviética

se ha enfatizado en el primer término descripto en pos de crear una ciudadanía inclusiva del nuevo Estado ruso, en los últimos años y particularmente tras la anexión de Crimea, el discurso del gobierno ruso y de Putin ha virado de manera intencionada hacia el segundo término, llevando a cabo un proceso de “etnificación” de la política y de la sociedad rusa. De estos conceptos también se desprende la frase “*Rossiia dlia Russkii*”, que significa “Rusia para los rusos (étnicos)” y que es un eslogan político xenófobo y ultranacionalista originado en el siglo XIX, pero con una gran influencia en la Rusia contemporánea.

Otro término a tener en cuenta es el de “*Russkiy Mir*”, traducido al español como Mundo Ruso, un término utilizado en numerosas oportunidades por Putin, aunque con un significado vago y difuso. Refiere tanto a valores geopolíticos: los territorios que formaron parte del Imperio Ruso y de la Unión Soviética; como culturales: dónde haya personas de habla rusa en cualquier parte del mundo; y religiosos: dónde haya personas que adscriban al cristianismo ortodoxo. La definición de Zhurzhenko (2014) me parece la más adecuada: el Mundo Ruso usualmente refiere a una comunidad supranacional unida por la lengua y la cultura rusa, con memorias y valores históricos en común basados en la religión ortodoxa y en la lealtad al Estado ruso y que se ha vuelto un proyecto conservador que sirve como barrera a los valores e ideales “Occidentales”. El núcleo principal del Mundo Ruso estaría conformado por los tres grupos de eslavos orientales que tienen una religión, una lengua y una historia en común y que son vistos por los nacionalistas rusos como un mismo pueblo: los rusos (como líderes), los ucranianos y los bielorrusos. A partir de la anexión de Crimea en 2014 y de la invasión rusa de 2022 el término fue y es utilizado con aún más frecuencia, aunque con una connotación más etnonacionalista debido a que comenzó a negarse la existencia de Ucrania como Estado independiente y a llamar rusos a los ucranianos ruso-parlantes. El Kremlin se arroga el

papel de protector y promotor de este Mundo Ruso, lo cual le da una justificación “moral” para intervenir en otros países.

Por su parte, la palabra *Novorosiya* o *Novorossia* puede ser traducida como Nueva Rusia y es un término que fue acuñado en el siglo XVIII para referirse al territorio al norte del Mar Negro conquistado por Catalina la Grande, que iba desde la frontera rusa actual hasta Moldavia pasando por Crimea y que incluía e incluye ciudades importantes del sur y este de Ucrania como Donetsk, Luhansk y Odesa. (Conradi, 2022) Desde 2014 es un término utilizado por los separatistas pro-rusos del este de Ucrania y, más actualmente, por el Kremlin y el mismo Putin para referirse al territorio ucraniano que Rusia ha anexo y/o busca anexar, alegando vínculos históricos con él y afirmando que la población que vive allí es rusa.

El término Donbás o Dombás refiere a una región histórica, cultural y económica de Ucrania que comprende los óblasts de Donetsk y Lugansk en el este de Ucrania junto a la frontera rusa que está habitado en su mayoría por ruso-parlantes y que, desde 2014, está en guerra civil entre el gobierno ucraniano y grupos separatistas pro-rusos. Desde la invasión rusa en febrero de 2022 casi la totalidad de este territorio y sus ciudades más importantes están en control de Rusia y fueron anexados formalmente a la Federación Rusa mediante referéndums cuestionados por la comunidad internacional.

Por último, la palabra eslavo refiere a un conjunto de pueblos que son el grupo etnolingüístico más grande de Europa, que están asentados en el este de dicho continente y que hablan un conjunto de lenguas relacionadas entre sí. De este pueblo forman parte los rusos, bielorrusos y ucranianos, que son considerados los eslavos orientales. Pero también hay otros grupos de eslavos al oeste y sur de Europa como los polacos, los serbios y los búlgaros, entre muchos otros.

ENCUESTAS: PERCEPCIONES DE LOS RUSOS Y UCRANIANOS SOBRE SUS PAÍSES, SU HISTORIA Y SU TERRITORIO

Las encuestas son uno de los instrumentos más importantes en manos no sólo de los politólogos, sino también de los gobiernos, para conocer la opinión de las personas en determinados temas. Esto en Rusia no es una tarea para nada fácil: es de público conocimiento que el gobierno ruso ha avanzado sobre la independencia de casi la totalidad de organismos, instituciones y encuestadoras, moldeando de acuerdo al interés del Kremlin sus estudios y resultados. En Ucrania tampoco es tarea fácil debido al comportamiento pendular de su política en los últimos 20 años y a la política más o menos intervencionista del gobierno de turno. No obstante, en el presente trabajo me interesa abordar, el trabajo de cuatro encuestadoras de ambos países lo suficientemente independientes y relevantes a nivel nacional e internacional: las encuestas del proyecto NEORUSS de la Universidad de Oslo y las del Levada Center en lo que respecta a Rusia y las del Razumkov Centre y las del Rating Sociological Group en Ucrania.

El Levada Center es una institución no-gubernamental rusa formada en 1988 que monitorea la opinión pública de su país y que publica sus estudios (encuestas, notas de opinión, artículos y entrevistas) en un periódico bianualmente. El Levada Center se ha destacado por realizar un trabajo independiente con respecto al gobierno ruso, por lo que sus encuestas son de las pocas que ofrecen resultados creíbles acerca de las opiniones de los ciudadanos rusos. Esta independencia, sin embargo, hizo que en el año 2016 el Levada publique una encuesta mostrando una baja significativa del apoyo al partido oficialista, Rusia Unida, hecho que terminó desembocando una persecución por parte del Kremlin al tildar al Levada de “agente extranjero”. A los fines del trabajo, a continuación se analizarán particularmente encuestas llevadas a cabo en los años 2014 y 2019, las cuales están enfocadas en la percepción de los rusos sobre la anexión de Crimea, su actitud hacia

Ucrania y los ucranianos y su imagen del gobierno ruso y del presidente Putin. Según sus encuestas, el nivel de apoyo de los rusos a la anexión rusa de Crimea fue y se ha mantenido muy alto en el tiempo: entre el 84% y el 86% la apoya y tan sólo un 10% se opuso/opone. Por su parte, el 56% de los rusos también apoyaron en 2014 la independencia de la República Popular de Donetsk y de la República Popular de Lugansk (29%) o su anexión formal a Rusia (27%), manifestándose preocupados por la “persecución” de los ruso-parlantes en Ucrania, mientras que sólo el 26% manifestó que estas regiones deberían seguir siendo parte de Ucrania. Ligado a esto, el 70% de la ciudadanía rusa apoyó la distribución de pasaportes rusos a ciudadanos ucranianos, a lo que el 22% se opuso. En lo que respecta a la imagen de Putin, en noviembre de 2013 la imagen positiva llegaba al 61%, pero tras la anexión de Crimea en marzo de 2014, la aprobación se disparó hasta un 86%, un número que se mantiene hasta noviembre de 2023 y que es casi imposible de alcanzar para cualquier líder político moderno. Podemos concluir entonces que la maquinaria política y propagandística de Kremlin y del propio Putin tuvieron éxito en movilizar los sentimientos nacionalistas e irredentistas en Rusia para justificar la anexión de Crimea y la intervención en el Donbás y también para lograr picos de apoyo a su gobierno.

El Razumkov Centre, por su parte, es un think-tank no-gubernamental ucraniano fundado en 1994 que también se dedica al estudio de la opinión pública y de las políticas públicas y que cuenta con una gran reputación a nivel internacional. Según una encuesta del 2017, cerca del 92% de la población de Ucrania se considera étnicamente ucraniano, mientras que sólo el 6% se considera étnicamente ruso. Tendencia que se acentúa en los jóvenes de entre 18 y 29 años, entre los que el porcentaje rusos étnicos disminuye al 3%. Es relevante destacar la gran disminución de ucranianos que se consideran étnicamente rusos a lo largo del tiempo: en el censo soviético de 1989 eran el 22% de la población

ucraniana, en el censo ucraniano de 2001 bajaron al 17% y en la actualidad al 6%. El 59% de los ucranianos cree que el Rus de Kiev y otros eventos históricos pertenecen exclusivamente a Ucrania, mientras que el 32% cree que la historia ucraniana es parte de la historia de los eslavos orientales. Además, en 2019 únicamente el 11% de los ucranianos cría que la causa de la guerra del Donbás es la discriminación y la violación de los derechos de los ruso-parlantes. Es de gran relevancia también la percepción que tienen los ucranianos de Rusia y de Putin: entre el 70 y el 80% de los ucranianos tiene una concepción negativa de Putin y no cree que haya un tratado de paz mientras él se mantenga en el poder, el 64% no ve a los rusos como “hermanos”, el 62% no apoya la participación de Ucrania en proyectos liderados por Rusia en Eurasia y el 59% cree que la integración ucraniana en Europa es irreversible. Por último, según una encuesta de 2021, sólo el 12.5% de los ucranianos estaba de acuerdo con los dichos de Putin afirmando que rusos y ucranianos son “un solo pueblo”, mientras que el 70% manifestó no estar de acuerdo, incluyendo el 58.8% en el sur y el 52.4% en el este del país. De estos mismos últimos números, el 51% de rusos étnicos y el 44.5% de ruso-parlantes está de acuerdo con Putin, mientras que el 72.5% de ucranianos étnicos y el 80.6% de ucraniano-parlantes se manifestó en contra. En cuanto al concepto de *Novorossiia*, el mismo fue rechazado por el 75.7% de los ucranianos, incluyendo el 55.7% de rusos étnicos, el 77.9% de ucranianos étnicos, el 84.3% de ucraniano-parlantes y el 63.1% de ruso-parlantes.

Estas encuestas del Razumkov Centre nos dejan varias conclusiones: la primera y más evidente es que el nivel de nacionalismo y patriotismo ha aumentado drásticamente desde su independencia hasta la actualidad, prueba de esto es la sorprendente disminución de personas que se consideran étnicamente rusas, algo especialmente importante entre los más jóvenes. La adhesión a los postulados de Putin y del Kremlin es prácticamente nula: casi el 90% de los ucranianos no cree que se estén vulnerando los derechos de los ruso-

parlantes, el 70% descreo que rusos y ucranianos sean un mismo pueblo y casi el 76% rechaza el concepto de Novorrossiya. Está claro que la mayoría de gobiernos ucranianos, a excepción del de Yanúkovich, han fomentado abiertamente el nacionalismo y los sentimientos anti-Rusia y anti-Putin: cerca del 80% tiene una imagen negativa de Vladimir Putin y no creen que haya paz y buenas relaciones mientras se mantenga en el poder. Todos estos sentimientos nacionalistas y antirrusos en la población ucraniana se ha profundizado con la anexión de Crimea y el inicio de la invasión en 2022.

El Rating Sociological Group es una organización independiente y no-gubernamental de Ucrania que realiza investigaciones, publicaciones y encuestas sobre Ucrania y su actualidad. Según encuestas llevadas a cabo en 2019, 2020 y 2021, el 81% de los ucranianos votaría positivamente en un referéndum de independencia, incluyendo el 72% de los ucranianos del sur y el 68% de los ucranianos en el este. El 85% de los ucranianos se consideraba patriota y el 59% afirmó estar listo para tomar las armas si el país fuese atacado. Por su parte, el 72% de los ucranianos apoya la reincorporación de Crimea con el mismo status que en 2014 (república autónoma) o como una república tártara autónoma, el 79% (incluyendo el 66% en el sur y el 57% en el este) apoya el retorno del Donbás al mismo status anterior y sólo el 10% apoya que se le otorgue un “status especial”, en línea con los reclamos separatistas de la República Popular de Donetsk y de la República Popular de Lugansk. Ya desde 2014 la imagen negativa de Vladimir Putin se encontraba en niveles de entre 70% y 81%. Estos resultados nos permiten dilucidar que, a pesar de la retórica irredentista del Kremlin que afirma que sus “compatriotas” están siendo víctimas de genocidio en Ucrania, en las regiones del sur y del este (con mayoría de rusos étnicos y de ruso-parlantes) solamente el 34% y el 43% respectivamente apoya el regreso del Donbás a Ucrania. Esto significa que el número de

pro-rusos que adhieren a la retórica del gobierno ruso es bastante menor que lo que el Kremlin afirma.

Por último, el NEORUSS (Nation-building and Nationalism in Today's Russia) es un proyecto coordinado por Pal Kolsto y la Universidad de Oslo e integrado por una gran cantidad de académicos especialistas en Rusia que busca estudiar la cuestión nacional en Rusia y determinar hasta qué punto la identidad nacional rusa está mutando de una imperial (y multiétnica) a una étnica. Entre 2013 y 2014, el NEORUSS llevó a cabo dos encuestas junto a ROMIR, una encuestadora rusa, para poner a prueba sus hipótesis. En una primer parte, a encuesta dividió las respuestas de las personas que se consideran “rusos étnicos” y las que no (ucranianos, bielorrusos, tártaros, entre otros): el 47.3% de los rusos étnicos y (sorprendentemente) el 53% de los no rusos respondieron que les gustaría que la Federación Rusa se expanda territorialmente, mientras que el 36.7% de rusos étnicos y el 38.1% de los no rusos optaron por que la frontera debería quedarse como está. Por otra parte, una minoría (el 14.5% de rusos étnicos y el 10% de no rusos) optaron mantener el territorio con la exclusión de las repúblicas rusas mayoritariamente islámicas del Cáucaso Norte. Entre los que respondieron que les gustaría que Rusia se expanda territorialmente, el 19.3% de no rusos (entre ellos, el 34.2% de los ucranianos y sólo 3 de entre 7 bielorrusos) y el 21.8% de rusos étnicos respondió que debería haber una “Unión Eslava” entre Rusia, Bielorrusia y Ucrania, mientras que el 25.5% de rusos étnicos y el 33.7% de no rusos (especialmente los no eslavos) prefirieron que tenga la misma extensión que la Unión Soviética. En lo que respecta al eslogan “Rusia para los rusos”, el 59.3% de los encuestados respondió que lo apoya parcial o totalmente, sin embargo, sólo el 39% cree que el eslogan refiere de manera exclusiva a los rusos étnicos, mientras que el 24.9% afirmó que incluía a todos los

ciudadanos rusos sin importar etnicidad y el 30% que incluía predominantemente a rusos étnicos, pero junto a otros grupos.

En lo que respecta específicamente a Ucrania, el 50% de los encuestados respondió que el nuevo gobierno de Petro Poroshenko era ilegítimo, corrupto, pro-fascista y títere de Occidente. Este sentimiento de ilegitimidad se extendió al Estado ucraniano en su totalidad, en línea con los discursos de Putin: sólo el 17% respondió que el territorio de Ucrania debía mantenerse sin cambios, incluyendo a Crimea y el Donbás; el resto optó por otras opciones: el 29% afirmó que Ucrania debía desligarse de Crimea, el 17% que Ucrania debería perder todas las regiones en dónde haya mayoría rusa, el 15% creyó mejor que también el Donbás deje de ser parte de Ucrania, el 12% respondió que el territorio ucraniano debería limitarse a las provincias occidentales que no habían sido parte de la Unión Soviética y el 11% dijo que Ucrania ni siquiera debería ser un Estado independiente. En lo que respecta a las relaciones entre Rusia y Ucrania, el 27% de los encuestados cree que Rusia debería ayudar a instaurar un gobierno pro-ruso en Ucrania, el 12% cree que el territorio ucraniano debería ser dividido y el 4% que Rusia debería favorecer el ingreso de Ucrania en una Unión Euroasiática. Además, la mayor parte de los encuestados demostró no tener demasiado entendimiento sobre la definición exacta de *Novorossiya*: sólo el 16% afirmó, correctamente, que refiere a las regiones ucranianas entre el Mar de Azov y el Mar Negro; la mayoría (un 30%) respondió que el término refiere únicamente al Donbás. Encuestados sobre qué une y qué divide a rusos y ucranianos, los rusos afirmaron que la historia, el linaje y la geografía son los factores de unidad, mientras que las relaciones internacionales, la corrupción, los valores y la lengua son factores de división.

De esta manera, la conclusión de las encuestas del NEORUSS es que los no eslavos étnicos apoyaron más la expansión de Rusia sobre los territorios exsoviéticos que

los eslavos, también que los ucranianos y bielorrusos étnicos, a diferencia de los rusos y otras minorías no eslavas, prefirieron una incorporación de Ucrania y Bielorrusia a una “Unión Eslava” liderada por Rusia y que los rusos étnicos optaron mayoritariamente por mantener la frontera actual, pero excluyendo las repúblicas islámicas del Cáucaso. Más allá de estas diferencias, tanto rusos como no rusos étnicos coinciden en dar apoyo a una expansión rusa sobre Ucrania y otros territorios, en su orgullo patriota por su nacionalidad rusa (en términos cívicos) y en su apoyo al presidente Vladimir Putin. (Alexseev, 2016)

En lo que respecta a Ucrania, se ve claramente como la mayoría de los rusos encuestados está influenciado por la retórica oficial del gobierno ruso, la cual demoniza a los gobiernos ucranianos pro-europeos y cuestiona la misma existencia e integridad del Estado ucraniano. Sin embargo, en lo que refiere a la retórica irredentista utilizada por Putin y el Kremlin podemos encontrar puntos de unión como que la historia y el linaje son factores de unidad entre rusos y ucranianos, pero también ciertas divergencias: menos de 1/4 de los encuestados sabe el significado exacto de *Novorossiia* y afirmaron que ni los valores ni la lengua son factores de unidad, como sí lo plantea el Kremlin.

De esta manera, el análisis de todas estas encuestas permite concluir que el nivel de adhesión a la retórica imperante en el Kremlin y Putin ha sido exitosa en movilizar sentimientos nacionalistas al interior de Rusia y en conseguir apoyo para el gobierno, aunque los ciudadanos rusos demostraron no ser tan permeables a sus tintes más irredentistas al mostrar cierto grado de desconocimiento sobre ellas. Por otro lado, esto pareció tener el efecto contrario en Ucrania: el nivel de nacionalismo y patriotismo ucraniano ha aumentado drásticamente al mismo tiempo que los sentimientos anti-Rusia y anti-Putin ya que tienden a ver a Rusia, no como el mismo pueblo o un pueblo hermano, sino como un Estado autoritario e invasor. Antes de finalizar con este apartado, es sumamente pertinente aclarar que el nivel de patriotismo y nacionalismo en Ucrania y los

sentimientos anti-Rusia y anti-Putin se han disparado aún más tras la invasión rusa de 2022 y se mantienen en niveles muy altos en la actualidad, según diversas encuestadoras que por temas de espacio no se analizan en el presente trabajo.

EL IRREDENTISMO EN LOS DISCURSOS DE VLADIMIR PUTIN

El análisis de discurso es una manera sumamente eficaz de captar la ideología y la cosmovisión de los principales líderes políticos y el caso de Vladimir Putin no es la excepción dado que es una figura clave en la política rusa y que tiene una forma hiperpresidencialista de ejercer el poder. Desde su llegada al poder, Putin ha utilizado discursos públicos, entrevistas y hasta la redacción y publicación de artículos para expresar su visión sobre Rusia como Estado y nación, sobre su ideología, su visión del mundo y de las relaciones internacionales. Debido a esto, a continuación se analizarán los discursos, artículos y entrevistas de Putin que contienen elementos irredentistas y nacionalistas con respecto a Ucrania.

El primer discurso en el que podría afirmarse que Putin habló sobre el Mundo Ruso en términos irredentistas se dio en la apertura del Primer Congreso de Compatriotas que viven en el exterior, en octubre del año 2001, pocos meses después de ser electo presidente. Allí afirmó que *“(...) Somos plenamente conscientes de que proteger a nuestros compatriotas de acusaciones generalizadas y ayudarlos a defender sus derechos humanos es una tarea del gobierno. Los negocios y la cultura no pueden ser discriminados sólo por ser rusos. Los rusos en el extranjero deberían tener los mismos derechos que los ciudadanos locales. Y nosotros (cuando digo “nosotros” me refiero a los órganos gubernamentales de Rusia) debemos defender estos derechos de manera consistente, competente y firme. Sólo podremos hacerlo de manera efectiva si trabajamos estrechamente con usted, discutiendo y acordando juntos cada paso. La diáspora rusa moderna es muy diversa en su composición social, étnica y religiosa. Pero las tareas que todos enfrentamos son las mismas. Son nobles y factibles: preservar la cultura nacional, ayudar a defender los derechos humanos y protegerlos contra la discriminación. Estoy seguro de que estamos a la altura de esa tarea. (...)”* Este discurso, por lo tanto, refuta

los argumentos de los autores que afirman que el irredentismo es sólo una herramienta utilizada desde 2014 para justificar la intervención rusa en Crimea y en el Donbás ya que esta retórica ya estaba presente tan sólo meses después de que Putin llegue al poder.

El siguiente discurso en el que Putin utilizó una retórica irredentista fue en su exposición en la vigésima Cumbre de la OTAN de Bucarest en 2008, a la cual fue invitado en un contexto tensas buenas relaciones entre Rusia y Occidente y en la que decidió oponerse firmemente a la implantación de defensas antimisiles en Polonia y República Checa y al ingreso de Georgia y Ucrania a la alianza militar. Allí dijo: “ (...) *Pero en Ucrania 1/3 son rusos étnicos. Sobre 45 millones de personas, según el censo oficial, 17 millones son rusos. Hay regiones donde sólo vive población rusa, por ejemplo en Crimea el 90% son rusos. En términos generales, Ucrania es un Estado muy complicado. Ucrania, tal como existe actualmente, fue creada en la época soviética, recibió sus territorios de Polonia -después de la Segunda Guerra Mundial, de Checoslovaquia y de Rumania- y hasta el momento no se han resuelto todos los problemas en la frontera con Rumania en el Mar Negro. Luego, recibió de Rusia territorios en el este y sur de país. (...) Bueno, 17 millones de rusos viven actualmente en Ucrania. ¿Quién puede afirmar que no tenemos ningún interés allí? Al sur de Ucrania, por completo, sólo hay rusos. Crimea fue simplemente recibida por Ucrania por la decisión del Politburó de la Unión Soviética. Ni siquiera existían procedimientos estatales para la transferencia de este territorio. (...)*” Este discurso es de vital importancia para el trabajo debido a que tiene reivindicaciones típicamente irredentistas: afirma que en Ucrania 1/3 de la población es étnicamente rusa, que en Crimea el 90% son rusos y que en el sur “sólo hay rusos”, como también que se le cedió territorio ruso en el este y sur y que la cesión de Crimea fue un acto unilateral del Politburó soviético. Además, en esa misma cumbre, Putin le advirtió a Bush que si Ucrania quería ingresar a la OTAN, debería hacerlo sin Crimea ni el Donbás.

En enero de 2012 Putin escribió un artículo llamado “Rusia: la cuestión nacional” en el que expone una visión multiétnica y multicultural de la sociedad y la historia rusa: *“La Rusia histórica no es un estado étnico o un “crisol” estadounidense, donde, en general, todos son migrantes de una manera u otra. Rusia surgió y se desarrolló durante siglos como un estado multinacional. Cientos de grupos étnicos que viven en sus tierras juntos y junto a los rusos. El desarrollo de enormes territorios, que llenaron toda la historia de Rusia, fue una causa conjunta de muchos pueblos. (...) El núcleo que une el tejido de esta civilización única es el pueblo ruso, la cultura rusa. (...) Estoy profundamente convencido de que los intentos de predicar las ideas de construir un estado monoétnico nacional ruso contradicen toda nuestra historia milenaria. (...) La experiencia rusa del desarrollo estatal es única. Somos una sociedad multinacional, pero somos un solo pueblo. (...)”* En él se muestra firmemente opuesto al nacionalismo étnico afirmando que la condición multinacional de Rusia ha hecho y hace grande a su país y que un intento de hacer de Rusia un Estado monoétnico la llevaría a su destrucción. Sin embargo, a su vez afirma que el núcleo de la civilización es el pueblo y la cultura rusa y que todos son un solo pueblo, entrando, de esta manera, es una contradicción.

En julio de 2013 Putin brindó un discurso en Ucrania en una conferencia sobre los Valores Eslavos-Ortodoxos tras haber realizado una peregrinación junto al Patriarca Cirilo hacia Kiev, en el marco de la conmemoración del aniversario 1025 del Bautismo de Vladimir I y del Rus en su totalidad. Allí expresó por primera vez pública y directamente que rusos y ucranianos son un mismo pueblo: *“(...) Ésta no es sólo una elección civilizatoria de Ucrania. Aquí, en este lugar, en el lugar bautismal a orillas del río Dniéper, se hizo una elección para toda la Santa Rusia, para todos nosotros. Nuestros antepasados que vivieron en estas tierras tomaron esta decisión por todo nuestro pueblo. Cuando digo “para todo nuestro pueblo”, por supuesto conocemos la realidad de hoy,*

sabemos que están el pueblo ucraniano y el pueblo bielorruso, y también otros pueblos, y respetamos todas las partes de este patrimonio, pero al mismo tiempo, en los cimientos de este patrimonio se encuentran los valores espirituales comunes que nos hacen un solo pueblo. (...)” Esto, a su vez, fue reforzado en una entrevista con Channel One y Associated Press en julio de ese mismo año: *“Ya sabes, pase lo que pase y dondequiera que vaya Ucrania, de todos modos nos encontraremos en algún momento y en algún lugar. ¿Por qué? Porque somos una nación. Y por muy enojados que puedan estar los nacionalistas de ambos lados con mis palabras, y hay nacionalistas en nuestro país, así como en Ucrania, esto es cierto. Como tenemos un baptisterio en el Dniéper de Kiev, ciertamente tenemos raíces históricas y un destino comunes. Tenemos una religión común, una fe común y tenemos una cultura, idiomas, tradiciones y estados de ánimo muy similares, como usted ha dicho correctamente.”*

El siguiente discurso es el que Putin pronunció ante diputados de la Duma y miembros del Consejo de la Federación el 18 de marzo de 2014 tras el referéndum en Crimea para solicitar su anexión a la Federación Rusa: *“(…) Más del 82% del electorado participó en la votación. Más del 96% de ellos se pronunció a favor de la reunificación con Rusia. Estos números hablan por sí solos. Para comprender esta elección basta con conocer la historia de Crimea y lo que Rusia y Crimea han significado la una para la otra. Todo en Crimea habla de nuestra historia y orgullo compartidos. Aquí se encuentra la antigua Quersoneso, donde fue bautizado el príncipe Vladimir. Su hazaña espiritual de adoptar la ortodoxia predeterminó la base general de la cultura, la civilización y los valores humanos que unen a los pueblos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Las tumbas de los soldados rusos cuya valentía llevó a Crimea al imperio ruso también se encuentran en Crimea. Esto también es Sebastopol, una ciudad legendaria con una historia excepcional, una fortaleza que sirve como lugar de nacimiento de la Flota rusa del Mar*

Negro. (...) Por cierto, la población total de la península de Crimea es hoy de 2,2 millones de personas, de las cuales casi 1,5 millones son rusos, 350.000 son ucranianos que consideran predominantemente el ruso su lengua materna y entre 290.000 y 300.000 son tártaros de Crimea, quienes, como ha demostrado el referéndum, también se inclinan hacia Rusia. (...) En los corazones y las mentes de la gente, Crimea siempre ha sido una parte inseparable de Rusia. Esta firme convicción se basa en la verdad y la justicia y fue transmitida de generación en generación, a lo largo del tiempo, bajo cualquier circunstancia, a pesar de todos los dramáticos cambios que atravesó nuestro país durante todo el siglo XX. Después de la revolución, los bolcheviques, por diversas razones (que Dios los juzgue), agregaron grandes secciones del sur histórico de Rusia a la República de Ucrania. Esto se hizo sin tener en cuenta la composición étnica de la población, y hoy estas áreas forman el sureste de Ucrania. Luego, en 1954, se tomó la decisión de transferir la región de Crimea a Ucrania, junto con Sebastopol, a pesar de que era una ciudad federal. Esta fue una iniciativa personal del líder del Partido Comunista, Nikita Khrushchev. Lo que se esconde detrás de esta decisión suya –un deseo de ganarse el apoyo del establishment político ucraniano o de expiar las represiones masivas de los años 1930 en Ucrania– es algo que los historiadores deben descubrir. Lo que importa ahora es que esta decisión se tomó en clara violación de las normas constitucionales vigentes incluso entonces. (...) esta decisión fue tratada como una especie de formalidad porque el territorio fue transferido dentro de las fronteras de un solo Estado. En aquel entonces, era imposible imaginar que Ucrania y Rusia pudieran dividirse y convertirse en dos estados separados. Sin embargo, esto ha sucedido. Sólo cuando Crimea acabó formando parte de un país diferente, Rusia se dio cuenta de que no había sido simplemente robada, sino saqueada. (...) Millones de personas se acostaron en un país y se despertaron en otros diferentes, convirtiéndose de la noche a

la mañana en minorías étnicas en antiguas repúblicas de la Unión, mientras que la nación rusa se convirtió en uno de los grupos étnicos más grandes del mundo, si no el más grande, dividido por fronteras. Ahora, muchos años después, escuché a los residentes de Crimea decir que en 1991 los entregaron como un saco de patatas. Es difícil no estar de acuerdo con esto. ¿Y qué pasa con el Estado ruso? ¿Qué pasa con Rusia? Aceptó humildemente la situación. Este país atravesaba tiempos tan difíciles que, siendo realistas, era incapaz de proteger sus intereses. Sin embargo, el pueblo no pudo reconciliarse con esta escandalosa injusticia histórica. Durante todos estos años, los ciudadanos y muchas figuras públicas volvieron a abordar esta cuestión, diciendo que Crimea es históricamente tierra rusa y Sebastopol es una ciudad rusa. (...) Una y otra vez se intentó privar a los rusos de su memoria histórica, incluso de su lengua, y someterlos a una asimilación forzada. Además, los rusos, al igual que otros ciudadanos de Ucrania, sufren la constante crisis política y estatal que sacude al país desde hace más de 20 años. (...) Las encuestas de opinión pública más recientes realizadas aquí en Rusia muestran que el 95 por ciento de la gente piensa que Rusia debería proteger los intereses de los rusos y de los miembros de otros grupos étnicos que viven en Crimea: el 95 por ciento de nuestros ciudadanos. Más del 83 por ciento piensa que Rusia debería hacer esto incluso si eso complicaría nuestras relaciones con otros países. Un total del 86 por ciento de nuestro pueblo considera que Crimea sigue siendo territorio ruso y parte de las tierras de nuestro país. Y una cifra especialmente importante, que se corresponde exactamente con el resultado del referéndum de Crimea: casi el 92 por ciento de nuestro pueblo apoya la reunificación de Crimea con Rusia. Así, vemos que la abrumadora mayoría del pueblo de Crimea y la mayoría absoluta del pueblo de la Federación Rusa apoyan la reunificación de la República de Crimea y la ciudad de Sebastopol con Rusia. Ahora bien, este es un asunto que corresponde a la propia decisión política de Rusia, y

cualquier decisión aquí sólo puede basarse en la voluntad del pueblo, porque el pueblo es la fuente última de toda autoridad.” Este discurso es la fiel representación del irredentismo: Putin utiliza la historia y dice defender a compatriotas en el exterior para justificar la anexión de Crimea ante la Duma, alega que es territorio ruso histórico que fue injustamente robado a Rusia y que sus habitantes son rusos que fueron separados de su madre patria y, como consecuencia, víctimas de discriminación y segregación. Es a partir de este discurso que la política exterior de Rusia para con Ucrania toma una gran cantidad de elementos nacionalistas e irredentistas.

El siguiente extracto es pronunciado por Putin en abril de 2014 en el programa de TV anual llamado Línea Directa con Vladimir Putin, del cual participan la gran mayoría de canales estatales del país y en el que el presidente responde preguntas de los distintos periodistas. Allí habla sobre *Novorossiya*: “(...) *La cuestión esencial es cómo garantizar los derechos e intereses legítimos de las personas de etnia rusa y de habla rusa en el sudeste de Ucrania. Me gustaría recordarles que lo que en la época zarista se llamaba Novorossiia (Nueva Rusia) –Járkov, Luhansk, Donetsk, Jherson, Nikolayev y Odessa– no formaban parte de Ucrania en aquel entonces. Estos territorios fueron entregados a Ucrania en la década de 1920 por el gobierno soviético. ¿Por qué? Quién sabe. Fueron ganadas por Potemkin y Catalina la Grande en una serie de guerras bien conocidas. El centro de ese territorio era Novorossiysk, por eso la región se llama Novorossiia. Rusia perdió estos territorios por diversas razones, pero el pueblo permaneció. Hoy viven en Ucrania y deberían ser ciudadanos de pleno derecho de su país. De eso se trata todo esto. (...)*” Y también sobre la situación en el Donbás: “(...) *La gente de las regiones oriental y sudoriental de Ucrania estaba preocupada por su futuro y el de sus hijos, porque vieron un rápido crecimiento de los sentimientos nacionalistas, escucharon amenazas y vieron que [las nuevas autoridades] querían invalidar algunos de los*

derechos de las minorías étnicas, incluidos los derechos de la minoría rusa. Por otra parte, esta descripción es relativa, porque los rusos son nativos de Ucrania. Pero se intentó invalidar todas las decisiones relativas al uso de la lengua materna. Esto alarmó a la gente, por supuesto. ¿Qué pasó después? En lugar de iniciar un diálogo con estas personas, Kiev nombró nuevos gobernadores –oligarcas y multimillonarios– para estas regiones. (...) La gente eligió a sus propios líderes, pero ¿qué les hizo el nuevo gobierno? Fueron encarcelados. Mientras tanto, los grupos nacionalistas no entregaron sus armas, pero amenazaron con usar la fuerza en las regiones orientales. En respuesta, la gente del este empezó a armarse. Negándose a ver que algo andaba muy mal en el Estado ucraniano y a iniciar un diálogo, el gobierno amenazó con usar la fuerza militar e incluso envió tanques y aviones contra civiles. Fue otro delito grave más cometido por los actuales gobernantes de Kiev. (...) En cuanto a lo que está sucediendo en el sureste de Ucrania, no lo sabemos con certeza. Pero creemos que debemos hacer todo lo posible para ayudar a estas personas a defender sus derechos y determinar por sí mismas su destino. Esto es por lo que lucharemos. Permítanme recordarles que el Consejo de la Federación de Rusia otorgó al presidente el derecho a utilizar las Fuerzas Armadas en Ucrania. Tengo grandes esperanzas de no tener que ejercer este derecho y que, a través de medios políticos y diplomáticos, seamos capaces de resolver todas las cuestiones apremiantes, por no decir candentes, en Ucrania.” Como puede verse, la definición brindada por Putin de Nueva Rusia coincide con la que fue expuesta en las páginas anteriores y la utiliza para decir que es un territorio histórico entregado a Ucrania por Rusia de manera injustificada. En lo que respecta a la situación en el Donbás, Putin justifica el accionar bélico de los grupos prorrusos ante las violación de sus derechos, la corrupción y la amenaza del uso de la violencia por parte del gobierno ucraniano, al

mismo tiempo que realiza una amenaza con una posible intervención militar en Ucrania si los problemas no se resuelven por medios diplomáticos.

En septiembre de 2015 Putin brindó una entrevista al periodista estadounidense Charlie Rose y allí habló nuevamente sobre la cuestión ucraniana y la situación de los rusos en la diáspora y como eso hace que Rusia se una nación dividida: *“Ucrania es el país más cercano a nosotros. Seguimos diciendo que Ucrania es un país hermano, así es. No es sólo un pueblo eslavo, es el más cercano al pueblo ruso: el idioma es muy similar, la cultura, la historia común, la religión común, etc.”* *“Realmente dije que considero el colapso de la Unión Soviética una gran tragedia del siglo XX. ¿Sabes por qué? En primer lugar, porque 25 millones de rusos se encontraron fuera de las fronteras de la Federación Rusa de la noche a la mañana. (...) Los rusos resultaron se la nación dividida más grande del mundo. ¿No es eso un problema? Puede que no sea para ti, pero para mí es un gran problema.”*

Ya en julio de 2021, Putin escribió un artículo histórico llamado “Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos” que es quizá el mejor y más detallado escrito del irredentismo de Rusia para con Ucrania. Allí realiza un recorrido histórico (aunque no sin ciertas tergiversaciones) de miles de años hasta la actualidad en el que repite que rusos y ucranianos (y también bielorrusos) son el mismo pueblo con una fe, cultura y lengua compartida, pone en cuestionamiento la existencia de Ucrania como Estado independiente a Rusia y afirma que los rusos en Ucrania están siendo víctimas de un proceso de asimilación forzada por parte del gobierno ucraniano y que el gobierno ruso tiene el deber de protegerlos, reforzando y ampliando lo que venía manifestando en los discursos anteriormente analizados: *“(...) Rusos y ucranianos son un solo pueblo -uno único. (...) En primer lugar, quisiera subrayar que el muro que ha surgido en los últimos años entre Rusia y Ucrania, entre partes de lo que es esencialmente el mismo espacio*

histórico y espiritual, es, en mi opinión, nuestra gran desgracia y tragedia común. (...) Los rusos, ucranianos y bielorrusos son todos descendientes de la antigua Rus, que era el estado más grande de Europa. Las tribus eslavas y de otro tipo en todo el vasto territorio (desde Ladoga, Nóvgorod y Pskov hasta Kiev y Chernigov) estaban unidas por un idioma (al que ahora nos referimos como ruso antiguo), vínculos económicos y el gobierno de los príncipes de la dinastía Rúrika. y –después del bautismo de Rusia– la fe ortodoxa. La elección espiritual hecha por San Vladimir, que fue a la vez Príncipe de Nóvgorod y Gran Príncipe de Kiev, todavía determina en gran medida nuestra afinidad hoy. (...) En la segunda mitad del siglo XVIII, tras las guerras con el Imperio Otomano, Rusia incorporó Crimea y las tierras de la región del Mar Negro, que pasó a ser conocida como Novorossiia. Estaban poblados por gente de todas las provincias rusas. Después de las particiones de la Mancomunidad Polaco-Lituana, el Imperio Ruso recuperó las tierras occidentales de la antigua Rusia, con la excepción de Galicia y Transcarpatia, que pasaron a formar parte del Imperio Austríaco (y más tarde Austrohúngaro). La incorporación de las tierras de Rusia occidental a un Estado único no fue simplemente el resultado de decisiones políticas y diplomáticas. Estaba sustentado por la fe común, las tradiciones culturales compartidas y –me gustaría enfatizarlo una vez más– la similitud lingüística. (...) Al mismo tiempo, la idea del pueblo ucraniano como una nación separada de los rusos comenzó a formarse y ganar terreno entre la élite polaca y una parte de la intelectualidad malorusa (o ucraniana). Como no había ninguna base histórica (y no podía haberla), las conclusiones se fundamentaron en todo tipo de brebajes, que llegaron incluso a afirmar que los ucranianos son los verdaderos eslavos y los rusos, los moscovitas, no. Estas "hipótesis" se utilizaron cada vez más con fines políticos como herramienta de rivalidad entre los Estados europeos. (...) En el verano de 1945 se anunció el acto histórico de la reunificación de la Ucrania de los Cárpatos "con

su antigua patria, Ucrania", como decía el periódico Pravda. Por lo tanto, la Ucrania moderna es enteramente producto de la era soviética. Sabemos y recordamos bien que se formó, en gran parte, en las tierras de la Rusia histórica. Para comprobarlo, basta con observar las fronteras de las tierras reunificadas con el Estado ruso en el siglo XVII y el territorio de la República Socialista Soviética de Ucrania cuando abandonó la Unión Soviética. Los bolcheviques trataban al pueblo ruso como material inagotable para sus experimentos sociales. Soñaban con una revolución mundial que acabaría con los estados nacionales. Por eso fueron tan generosos al trazar fronteras y otorgar regalos territoriales. Ya no importa cuál era exactamente la idea de los dirigentes bolcheviques que cortaban el país en pedazos. Podemos estar en desacuerdo sobre detalles menores, antecedentes y lógica detrás de ciertas decisiones. Un hecho es muy claro: efectivamente, a Rusia le robaron. (...) Cuando la URSS colapsó, muchas personas en Rusia y Ucrania creyeron y asumieron sinceramente que nuestros estrechos vínculos culturales, espirituales y económicos ciertamente durarían, al igual que los puntos en común de nuestro pueblo, que siempre había tenido un sentido de unidad en su esencia. Sin embargo, los acontecimientos –al principio gradualmente y luego más rápidamente– empezaron a tomar una dirección diferente. En esencia, los círculos gobernantes de Ucrania decidieron justificar la independencia de su país negando su pasado, excepto en cuestiones fronterizas. Comenzaron a mitificar y reescribir la historia, a eliminar todo lo que nos unía y a referirse al período en que Ucrania era parte del Imperio ruso y la Unión Soviética como una ocupación. La tragedia común de la colectivización y la hambruna de principios de la década de 1930 fue retratada como el genocidio del pueblo ucraniano. (...) Todo lo que nos unía y nos une hasta ahora fue atacado. En primer lugar, el idioma ruso. Permítanme recordarles que las nuevas autoridades del "Maidan" primero intentaron derogar la ley sobre la política lingüística estatal. Luego estaba la

ley sobre la "purificación del poder", la ley sobre educación que prácticamente excluyó al idioma ruso del proceso educativo. Por último, ya en mayo de este año, el actual presidente presentó a la Rada un proyecto de ley sobre los "pueblos indígenas". Sólo se reconoce como indígena a aquellos que constituyen una minoría étnica y no tienen su propia entidad estatal fuera de Ucrania. (...) Pero el hecho es que la situación actual en Ucrania es completamente diferente porque implica un cambio de identidad forzado. Y lo más despreciable es que los rusos en Ucrania se ven obligados no sólo a negar sus raíces, a generaciones de sus antepasados, sino también a creer que Rusia es su enemigo. No sería exagerado decir que el camino de la asimilación forzada, la formación de un Estado ucraniano étnicamente puro y agresivo hacia Rusia, es comparable en sus consecuencias al uso de armas de destrucción masiva contra nosotros. Como resultado de una división tan dura y artificial entre rusos y ucranianos, el pueblo ruso en su conjunto puede disminuir en cientos de miles o incluso millones. (...) El proyecto antirruso ha sido rechazado por millones de ucranianos. El pueblo de Crimea y los habitantes de Sebastopol hicieron su elección histórica. Y la gente del sureste intentó pacíficamente defender su postura. Sin embargo, todos ellos, incluidos los niños, fueron etiquetados como separatistas y terroristas. Se les amenazó con una limpieza étnica y el uso de la fuerza militar. Y los habitantes de Donetsk y Lugansk tomaron las armas para defender su hogar, su lengua y sus vidas. (...) Estoy seguro de que la verdadera soberanía de Ucrania sólo será posible en asociación con Rusia. Nuestros vínculos espirituales, humanos y de civilización se formaron durante siglos y tienen su origen en las mismas fuentes, y se han endurecido por pruebas, logros y victorias comunes. Nuestro parentesco se ha transmitido de generación en generación. Está en los corazones y en la memoria de las personas que viven en la Rusia y Ucrania modernas, en los lazos de sangre que

unen a millones de nuestras familias. Juntos siempre hemos sido y seremos muchas veces más fuertes y exitosos. Porque somos un solo pueblo.”

El 21 de febrero de 2022, tres días antes del inicio de la invasión a Ucrania, Putin brindó un discurso que podría considerarse una réplica casi exacta, aunque más acotada, de lo que expuso artículo anterior. Después de dar su discurso histórico, en el cual además critica a las autoridades ucranianas tildándolas de genocidas, corruptas, autoritarias y títeres de Occidente y de la OTAN en particular, decide reconocer la independencia de las autoproclamadas República Popular de Lugansk y República Popular de Donetsk, alegando que la seguridad e integridad de Rusia estaba en peligro por el avance de la OTAN en sus fronteras: “(...) *No pasa un solo día sin que las comunidades de Donbás sufran ataques de artillería. La gran fuerza militar recientemente formada utiliza drones de ataque, equipo pesado, misiles, artillería y lanzadores múltiples de cohetes. La matanza de civiles, el bloqueo y los abusos contra personas, incluidos niños, mujeres y ancianos, continúan sin cesar. Como decimos, esto no tiene fin a la vista. Mientras tanto, el llamado mundo civilizado, del que nuestros colegas occidentales se proclamaron únicos representantes, prefiere no verlo, como si este horror y genocidio al que se enfrentan casi 4 millones de personas no existieran. Pero existen y sólo porque estas personas no estuvieron de acuerdo con el golpe de estado apoyado por Occidente en Ucrania en 2014 y se opusieron a la transición hacia el nacionalismo neandertal y agresivo y el neonazismo que han sido elevados en Ucrania al rango de política nacional. Luchan por su derecho elemental a vivir en su propia tierra, a hablar su propio idioma y a preservar su cultura y tradiciones. (...) Los presidentes y los diputados de la Rada van y vienen, pero en el fondo el régimen agresivo y nacionalista que tomó el poder en Kiev permanece sin cambios. Es enteramente producto del golpe de 2014, y quienes entonces se embarcaron en el camino de la violencia, el derramamiento de sangre y la*

anarquía no reconocieron entonces ni reconocen ahora ninguna solución a la cuestión de Donbás que no fuera la militar. En este sentido, considero necesario tomar una decisión que debería haberse tomado hace mucho tiempo y reconocer inmediatamente la independencia y la soberanía de la República Popular de Donetsk y de la República Popular de Lugansk. (...)”

Para finalizar es necesario abordar el discurso que Putin brindó el 24 de febrero de 2022, anunciando, en un contexto de ataques discursivos constantes contra la OTAN, Estados Unidos y el gobierno “neonazi” de Ucrania, la “operación militar especial” contra Ucrania con el objetivo de proteger a los rusos que residen allí del genocidio llevado a cabo por el gobierno de Ucrania y de desmilitarizar y “desnazificar” a Ucrania: “(...) *A medida que la OTAN se expande hacia el este, cada año que pasa, la situación de nuestro país empeora y se vuelve más peligrosa. Además, en los últimos días los dirigentes de la OTAN han estado hablando abiertamente de la necesidad de acelerar y forzar el avance de la infraestructura de la alianza hasta las fronteras de Rusia. En otras palabras, están redoblando su posición. Ya no podemos simplemente observar lo que está sucediendo. Sería absolutamente irresponsable por nuestra parte. Una mayor expansión de la infraestructura de la OTAN y el inicio del desarrollo militar en los territorios de Ucrania son inaceptables para nosotros. El problema, por supuesto, no es la propia OTAN: es sólo un instrumento de la política exterior estadounidense. El problema es que en los territorios adyacentes a nosotros –territorios que históricamente fueron nuestros, se está creando una “anti-Rusia” hostil a nosotros, puesta bajo control externo total; está intensamente ocupado por las fuerzas armadas de los países de la OTAN y está provisto de las armas más modernas. (...) No nos queda otra opción para proteger a Rusia y a nuestro pueblo que la que nos veremos obligados a utilizar hoy. La situación exige que adoptemos medidas decisivas e inmediatas. Las repúblicas populares del Donbás*

pidieron ayuda a Rusia. En este sentido, de conformidad con el artículo 51 de la Parte 7 de la Carta de las Naciones Unidas, con la aprobación del Consejo de la Federación de Rusia y en cumplimiento de los tratados de amistad y asistencia mutua ratificados por la Duma el 22 de febrero con la República Popular de Donetsk. y la República Popular de Luhansk, decidí lanzar una operación militar especial. Su objetivo es proteger a las personas que han sido sometidas a abusos y genocidio por parte del régimen de Kiev durante ocho años. Y para ello perseguiremos la desmilitarización y desnazificación de Ucrania, además de llevar ante la justicia a quienes cometieron numerosos crímenes sangrientos contra civiles, incluidos ciudadanos de la Federación Rusa. (...)”

A modo de conclusión, lo primero a destacar es que efectivamente estos discursos y artículos de Putin sobre Ucrania son irredentistas. En todos ellos se busca justificar la anexión de territorio ucraniano (primero de Crimea, luego del Donbás y luego de casi la totalidad de Ucrania) apelando a distintos argumentos: rusos y ucranianos son un mismo pueblo que comparte una historia, una cultura, un linaje, una religión y una lengua en común; el territorio ucraniano históricamente perteneció a Estados rusos (primero al Rus de Kiev, luego al Imperio Ruso y a la Unión Soviética) y a Rusia se lo “robaron”, primero las potencias extranjeras, y luego los dirigentes soviéticos; y, por último, en Ucrania (más específicamente en este y sur del país) viven rusos étnicos y ruso-parlantes que en los últimos años han sido víctimas de persecuciones, asimilación forzada y genocidio, por lo que el deber de Rusia es intervenir para defender sus compatriotas. Hemos visto también que el discurso irredentista de Putin ya estaba presente en 2001, 13 años antes de la anexión de Crimea, por lo cual es de más larga data que lo que la mayoría de los autores afirma y puede suponerse que ya formaba parte del marco ideológico de Putin y de parte de sus asesores incluso desde antes de llegar al poder. Por último, es necesario decir que en la actualidad (principios de 2024), siempre que Putin da discursos o entrevistas, sigue

sosteniendo (y probablemente vaya a seguir haciéndolo) lo expuesto en los párrafos anterior sin ningún tipo de modificación o alteración en su discurso.

RELACIONES ENTRE LA RUSIA DE PUTIN Y UCRANIA:

¿UNA POLÍTICA EXTERIOR RUSA BASADA EN EL IRREDENTISMO?

En base a lo estudiado por autores de la historia del nacionalismo ruso como Chinn (1996), Plokhy (2017) y Kolesnikov (2015), puede decirse que efectivamente tanto rusos como ucranianos y bielorrusos tienen un origen en común que data desde el siglo X con la creación del Rus de Kiev, el cual los representaba en su condición de eslavos orientales con una misma fe (el cristianismo ortodoxo), una misma lengua (el protoeslavo) y una misma cultura. Sin embargo, también queda claro que a lo largo de la historia rusa se formó un tipo de conciencia nacional esencialmente “dividida” ya que está compuesta por tres ramas distintas que han formado parte de diferentes Estados: los rusos “pequeños” o ucranianos, “grandes” o rusos y “blancos” o bielorrusos. Si por un lado la Gran Rusia ha logrado históricamente tener un Estado independiente y centralizado con vocación imperial y unificadora, la Pequeña Rusia y la Rusia Blanca, por su parte, han sido víctimas del expansionismo de sus Estados vecinos: Polonia, Lituania, Austria y la propia Rusia. Esta condición de “territorios de frontera” en Ucrania fue clave a la hora de formar una conciencia nacional propia generalmente como contraposición a los imperios que los fueron conquistando a la hora de la historia. En mi punto de vista, estas condiciones históricas generaron un clivaje histórico común entre, por un lado, la noción de un mismo pueblo con un mismo origen, cultura, lengua y religión y, por otro, una concepción nacional distinta surgida de un desarrollo estatal diferente que puede explicar en gran parte el irredentismo ruso y el nacionalismo ucraniano de la actualidad.

Tal como afirma Zhurzhenko (2014), esto, a su vez, se complementa con otro clivaje histórico, esta vez al interior del territorio de Ucrania: una en el oeste mucho más nacionalista y anti-Rusia históricamente ligada a Occidente debido a su pertenencia a Estados europeos como Polonia y Austria, y otra diametralmente distinta en el este y sur,

con lazos históricos, lingüísticos y étnicos muy ligados a Rusia debido a que estuvieron más tiempo y de manera más consolidada bajo dominio ruso. Estas diferencias salieron a la luz con mucho más fuerza tras la disolución de la Unión Soviética y el establecimiento de Ucrania como un Estado independiente. Las elecciones presidenciales de la Ucrania independiente ponían este clivaje de manifiesto ya que en el oeste los candidatos nacionalistas como Poroschenko y Yushchenko se imponían, mientras que en el este y sur se imponían candidatos prorrusos como Yanúkovich. La revolución naranja y el Euromaidán fueron hechos claves en dónde este clivaje dividió a la sociedad y a la opinión pública, ofreciéndole ventanas de oportunidad tanto a los gobiernos ucranianos como al gobierno ruso: los primeros aprovecharon las manifestaciones pro-Occidente para fomentar el nacionalismo ucraniano y sentimientos anti-Rusia, mientras que el segundo para iniciar reclamos irredentistas y anexiones de territorios basándose en la denuncia de que los rusos étnicos y los ruso-parlantes estaban siendo víctimas de un genocidio por parte del gobierno ucraniano.

El presente trabajo no niega que una de las razones sobre las intervenciones de Rusia en Ucrania sea, como afirma Laruelle (2015), que el gobierno de Putin haya anexo Crimea y el Donbás por una visión “realista” y geopolítica de las relaciones internacionales que se basó en castigar a Ucrania por haber incumplido el acuerdo implícito por el cual Rusia respetaría la soberanía e independencia de Ucrania, siempre y cuando Ucrania se comprometiera a no llevar a cabo una política anti-Rusia y pro-Occidente. Tampoco niega que también es de gran importancia la desconfianza y la inseguridad que suscitó en el Kremlin y, en Putin en particular, la expansión de la OTAN hacia el este y la consecuente incorporación países que habían pertenecido al Pacto de Varsovia y a la Unión Soviética, al ver a su país acorralado adrede por la alianza atlántica, la cual para los rusos tras el fin de la guerra fría ya no tenía razón de ser.

Sumado a esto, es también cierto que, como sostienen Kolstø (2016), Blakkisrud (2016), Hale (2016) y Laruelle (2016), al comienzo de la presidencia de Putin la retórica nacionalista e irredentista estaba circunscripta a determinados grupos y partidos políticos ultranacionalistas rusos y que el gobierno decidió incorporar esta retórica de manera “oficial” fundamentalmente a partir de 2014 con el fin de poder cooptar a estos grupos y de conseguir más apoyos en su anexión de Crimea y en su posición en el Donbás. Sin embargo, lo analizado previamente en este trabajo hace que esté en desacuerdo la afirmación de que el irredentismo y el nacionalismo son meros instrumentos adaptados y manipulados por Putin y el Kremlin de manera casi maquiavélica y exclusivamente desde 2014. Hemos visto que la retórica irredentista de Putin se encuentra presente en sus discursos y artículos desde el inicio de su presidencia y se ha mantenido sin modificaciones hasta la actualidad, demostrando no sólo un gran conocimiento, sino también una suerte de obsesión por la historia en común que comparten Rusia y Ucrania. Sumado a esto, también resulta claro que el gobierno ruso ha hecho esfuerzos deliberados (y también relativamente exitosos) por imponer esta visión en la sociedad rusa. Por esto, está claro que desde el gobierno ruso guían su política exterior no sólo a través del realismo y el pragmatismo, sino también a través de una visión del mundo nacionalista e irredentista.

Creo que en su trabajo, a diferencia de los anteriores y en sintonía con lo que este trabajo busca expresar, Tabachnik (2020) acertadamente afirma que adjudicar a un sólo elemento como causa de la intervención rusa en Ucrania significaría una explicación solamente parcial y, debido a eso, propone analizar de manera conjunta el irredentismo y el imperialismo como razones válidas por las cuales Ucrania es clave e imprescindible para Rusia: desde el irredentismo porque Ucrania es territorio ancestral y es el hogar de millones de rusos víctimas de políticas genocidas y desde el imperialismo porque ni el

Imperio Ruso ni la Unión Soviética podrían concebirse a sí mismos sin Ucrania por su importancia en términos territoriales y económicos. De esta manera, el autor realiza algo tan novedoso como necesario a la hora de explicar el conflicto ruso-ucraniano. Como se dijo anteriormente, las motivaciones detrás de la intervención en Ucrania por parte del gobierno de Putin responden a razones ideológicas, geopolíticas y económicas de manera conjunta.

A lo largo de toda la historia rusa (desde el Principado de Moscú, pasando por el Imperio Ruso y, sobre todo, en la Rusia de Putin) se ve una suerte de obsesión y negacionismo para con la noción de una Ucrania independiente y soberana tanto estatal como nacionalmente que responde a la importancia que el nacionalismo y los nacionalistas rusos le otorgan a Ucrania en su concepción nacional. Kuzio (2022) y Plokhy (2023) dicen que el nacionalismo es el factor clave que ha definido y que define en la actualidad la política exterior rusa y su relación con Ucrania, haciendo imposible aceptar su independencia porque creen que es una nación “inventada” por los polacos y austríacos en el siglo XIX, por los soviéticos en el siglo XX y por Occidente en la actualidad, con el objetivo de perjudicar a Rusia. La intervención rusa en Ucrania desde 2014 se explica entonces por la concepción nacionalista rusa que ve en Ucrania un Estado artificial e ilegítimo que responde e intereses extranjeros y que, por lo tanto, hay que desmilitarizar (para que no sea una amenaza a la soberanía e integridad rusa) y dividir (anexando los territorios que históricamente han pertenecido a Rusia y que están habitados por rusos étnicos o ruso-parlantes). Ambos autores le otorgan una gran importancia a la influencia que los escritos y pensamientos de pensadores nacionalistas rusos, particularmente de los “blancos emigrados” tras la revolución, tuvieron en la formación ideológica de Vladimir Putin sobre Rusia como nación y su relación con Ucrania.

Los discursos de Vladimir Putin son la clara prueba para demostrar que el irredentismo efectivamente es un pilar de la política exterior de Rusia en sus relaciones con Ucrania. Desde el año 2001 (y probablemente desde antes de acceder a la presidencia) hasta la actualidad, Putin se refiere a rusos, ucranianos y bielorrusos como un mismo pueblo que tienen una misma lengua, historia, cultura y religión. Al mismo tiempo, reclama abiertamente como una injusticia histórica la independencia de Ucrania debido a que la mayor parte de su territorio (especialmente en el este y sur del país) fue, es y será ancestralmente ruso, prueba de esto es la utilización de términos utilizados históricamente por los nacionalistas rusos, como Nueva Rusia y el Mundo Ruso. Por último, el énfasis que pone en la defensa de los derechos de los rusos étnicos y ruso-parlantes residentes en Ucrania, su obsesión por incorporarlos a la Federación Rusa y su interpretación de Rusia como una nación dividida por fronteras, son otras muestras claras del irredentismo imperante en la mentalidad de Putin.

Las encuestas, por su parte, muestran el éxito que tuvo el Kremlin en trasladar esta concepción nacionalista e irredentista a la sociedad civil rusa: los niveles de apoyo a Putin y al gobierno se dispararon, el apoyo a la anexión de Crimea y a los rebeldes del Donbás fue casi unánime y la visión sobre el gobierno y el Estado ucraniano fue muy negativa. El éxito que tuvo dentro de Rusia fue diametralmente opuesto al impacto negativo que el irredentismo tuvo en Ucrania: aumentando a niveles históricos el nacionalismo ucraniano y el rechazo hacia Rusia y hacia Putin. Generando, de esta manera, el resultado opuesto a los objetivos de Putin: por un lado, una Ucrania con su población unida y, por otro, una división y un rechazo casi insalvable entre rusos y ucranianos.

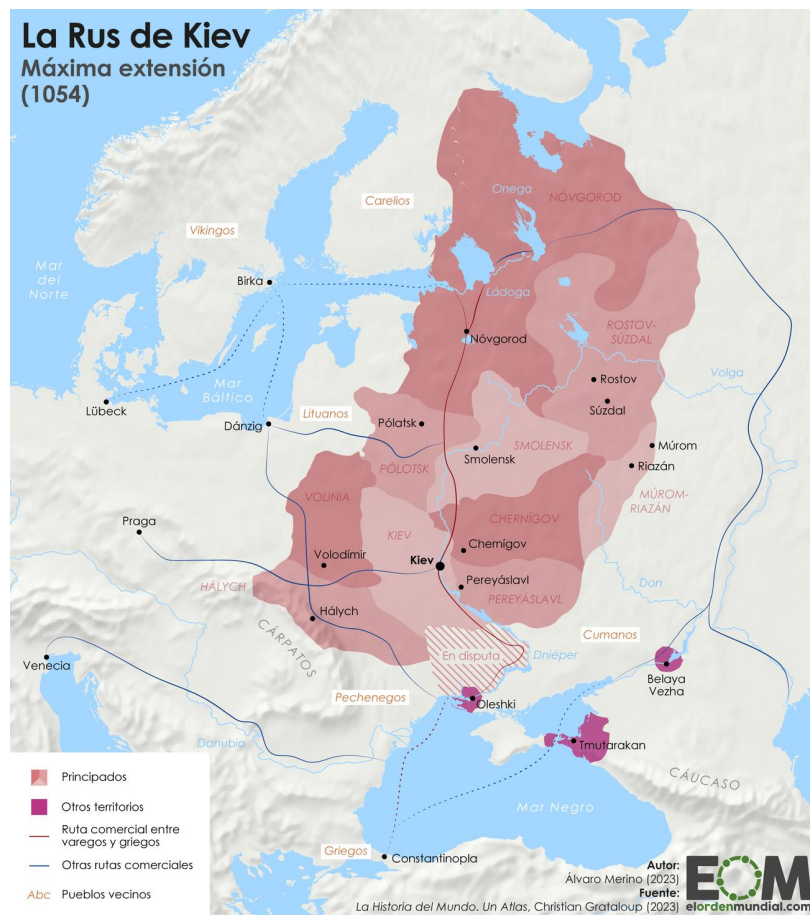
Con la anexión de Crimea en 2014 y el inicio de la invasión rusa y la consecuente anexión de las repúblicas prorrusas del Donbás y de los óblasts de Jersón y Zaporíyia en

2022, Rusia incorporó cerca del 20% del territorio ucraniano y poco más de 6 millones de habitantes. Pero no sólo esto, estos territorios forman parte de la Nueva Rusia histórica y están habitados por una gran cantidad de rusos étnicos y ruso-parlantes, tal como Putin ha afirmado en numerosas ocasiones. En 2014, además, se ha comprobado que el gobierno ruso ha intentado generar levantamientos similares a los del Donbás en otras regiones como Nikolaiev, Odesa y Járkov, el resto de los territorios que, según Putin, pertenecían a Nueva Rusia. Está claro también que el objetivo principal de la invasión iniciada en 2022 era la conquista de Kiev, “la madre de todas las ciudades rusas” para Putin, pero tras el fracaso de la incursión, Moscú decidió enfocarse en el mantenimiento de sus conquistas en el este y el sur del país. El gobierno ruso ha afirmado en numerosas veces que está dispuesto a firmar la paz y reconocer la independencia de Ucrania, siempre y cuando Ucrania reconozca la soberanía rusa de los territorios conquistados. De esta manera, esto nos obliga a preguntarnos: ¿por qué Putin no buscó ni busca anexionar los territorios occidentales, limitándose a defender sus anexiones en el este y sur de Ucrania? Una posible respuesta es que, como se ha tratado de demostrar en este trabajo, el principal objetivo de Rusia haya sido conquistar estos territorios por su conexión histórica con ellos y con sus habitantes, a los que consideran rusos.

Si bien la guerra no tiene un resultado claro, lo cierto es que, a menos que suceda algo por fuera de los papeles, es probable que ninguno de los dos bandos pueda realizar avances significativos en el campo de batalla. Este es el contexto actual, Rusia parece consolidar su posición en el este y sur de Ucrania, haciendo honor a la advertencia que Putin le hizo a Bush en 2008 sobre una posible ingreso de Ucrania a la OTAN sin sus territorios orientales y sureños. En la cosmovisión irredentista de Putin, sin embargo, figuran ciudades ucranianas importantes a las que considera rusas, como Odesa, Járkov, Jersón y Kiev, que no han podido ser anexadas aún. Resta saber si el gobierno ruso

intentará anexarlas en el futuro, o se conformará con el territorio ya anexado. Lo que sí está claro es que Putin ha intentado satisfacer la totalidad de sus reclamos irredentistas sobre Ucrania, los cuales están presentes desde el inicio de su presidencia a través de sus discursos, escritos y, luego, de sus acciones. Lo acepte o no el sistema internacional y sus principales actores, el gobierno de Putin, a través de distintos mecanismos que van desde dudosos referéndums hasta la conquista militar, ha logrado la creación de una Gran Rusia a manos de Ucrania y sus territorios.

MAPAS



Rus de Kiev en su máxima extensión. (EOM)



Imperio Ruso. (EOM)

La descomposición de la URSS

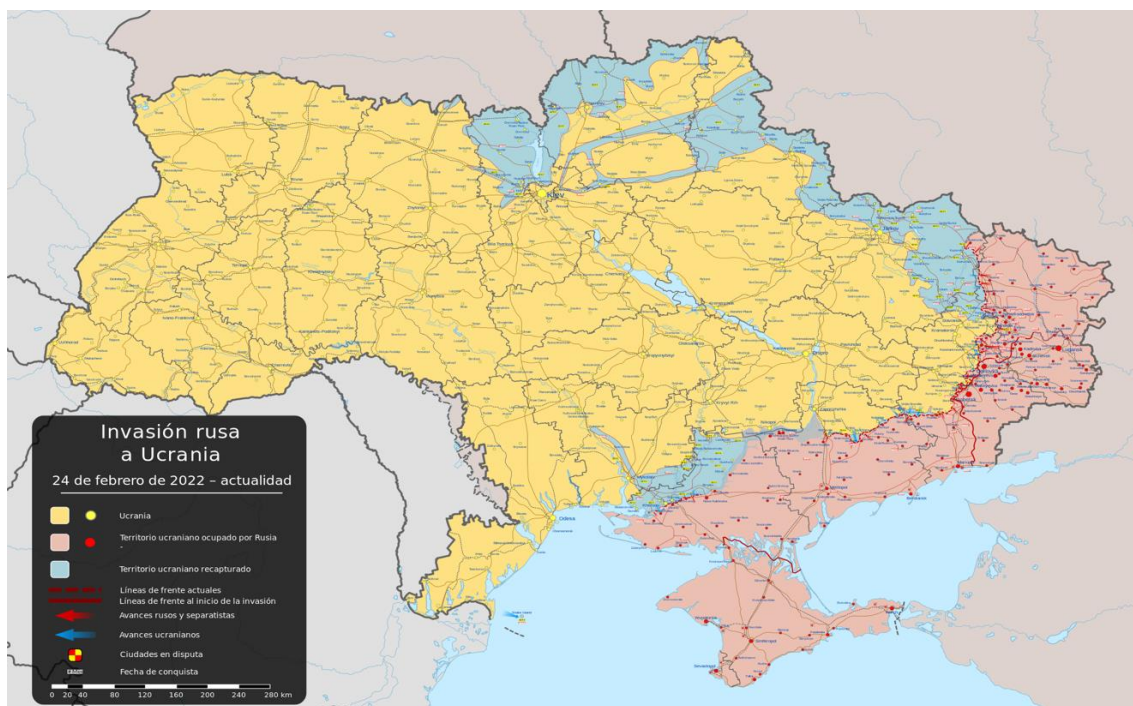
Fecha de independencia de la URSS



Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. (EOM)



Nueva Rusia (Novorossiia) en Ucrania. (Autor desconocido)



Situación actual (enero 2024). (Wikipedia)

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- AMBROSIO, Thomas. (2016). "The rhetoric of irredentism: The Russian Federation's perception management campaign and the annexation of Crimea". *Small Wars and Insurgencies*.
- ANDERSON, Benedict. (1983). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- BRZEZINSKI, Zbigniew. (1994). "The Premature Partnership". En *Foreign Affairs*. Vol. 73. No. 2.
- CHINN, Jeff y KAISER, Robert. (1996). *Russians as the New Minority. Ethnicity and Nationalism in the Soviet Successor States*. Routledge.
- CONNOR, Walker (1994). *Ethnonationalism: The Quest fir Understanding*. Princeton University Press.
- CONRADI, Peter. (2022). *Who Lost Russia?* Oneworld.
- DRISCOLL, Jesse y STEINERT-THRELKELD, Zachary. (2019). "Social media and Russian territorial irredentism: some facts and a conjecture". *Post-Soviet Affairs*.
- FIGES, Orlando. (2022). *The Story of Russia*. Bloomsbury.
- GELLNER, Ernest. (1983). *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial. Madrid.
- HOBBSBAWM, Eric. (1990). *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica.
- HOBBSBAWM, Eric y TERENCE, Ranger. (Ed.) (1983). *La invención de la tradición*. Cambridge University Press.
- HOROWITZ, Donald. (1985). *Ethnic Groups in Conflict*. University of California Press.

- KANET, Roger y BIRGERSON, Susanne. (1998). "The Domestic-Foreign Policy Linkage in Russian Politics: Nationalist influences on Russian Foreign Policy". En *Communist and Post-Communist Studies*. Vol. 30. No. 4.
- KOLESNIKOV, Andrei. (2015). "Russian Ideology after Crimea". Carnegie.
- KOLSTØ, Pål y BLAKKISRUD, Helge. (Eds.) (2016). *The New Russian Nationalism. Imperialism, Ethnicity and Authoritarianism*. Edinburgh University Press.
- KOLSTØ, Pål. (2016). "Crimea vs. Donbas: How Putin Won Russian Nationalist Support -and Lost it Again". En *Slavic Review*. Vol. 75. No. 3. Cambridge University Press.
- KORNPROBST, Marcus. (2008). *Irredentism in European Politics*. Cambridge University Press.
- KUZIO, Taras. (2022). *Russian Nationalism and the Russian-Ukrainian War*. Routledge.
- KUZIO, Taras. (2022). "Why Russia Invaded Ukraine". En *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development*. No. 21. Pp. 40-51.
- LARUELLE, Marlene. (2015). "Russia as a "Divided Nation," from Compatriots to Crimea. En *Problems of Post-Communism*.
- LARUELLE, Marlene. (2014). "Russian Nationalism and Ukraine". En *Current History*. Vol. 113. No. 765.
- LEVADA-CENTER. <https://www.levada.ru/en/>
- MIHOLJCIC, Nina. (2019). "The Role of Irredentism in Russian Foreign Policy". En *Caucasus International*. Vol. 9. No. ½.
- NEORUSS (Nation-building and nationalism in today's Russia) <https://www.hf.uio.no/ilos/english/research/projects/neoruss/index.html>

- PLOKHY, Serhii. (2017). *Lost Kingdom*. Penguin Books.
- PLOKHY, Serhii. (2023). *The Russo-Ukrainian War*. Norton.
- PUTIN, Vladimir. (2001). “Discurso en la Apertura del Congreso de Compatriotas”. <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/21359>
- PUTIN, Vladimir. (2008). Discurso al Consejo Rusia-OTAN. Bucarest. <https://www.unian.info/world/111033-text-of-putin-s-speech-at-nato-summit-bucharest-april-2-2008.html>
- PUTIN, Vladimir. (2012). “Rusia: la cuestión nacional.” *Zavisimaia Gazeta*. https://www.ng.ru/%20politics/2012-01-23/1_national.html
- PUTIN, Vladimir. (2013). “Conferencia sobre Valores Eslavos-Ortodoxos: La Fundación de la Elección Civilizacional de Ucrania” <http://en.kremlin.ru/events/president/news/18961>
- PUTIN, Vladimir. (2013). “Entrevista a Channel One y a Associated Press. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/19143>
- PUTIN, Vladimir. (2014) “Discurso del Presidente de la Federación Rusa”. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/20603>
- PUTIN, Vladimir. (2014). “Línea Directa con Vladimir Putin”. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/20796>
- PUTIN, Vladimir. (2015). “Ucrania es el país más cercano a nosotros”. <https://tass.ru/interviews/2298160>
- PUTIN, Vladimir. (2021). “Sobre la unidad histórica entre rusos y ucranianos”. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181>
- PUTIN, Vladimir. (2022). “Discurso del Presidente de la Federación Rusa”. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/67828>

- PUTIN, Vladimir. (2022). “No hay otra opción: extractos del discurso de Putin declarando la guerra”. <https://www.aljazeera.com/news/2022/2/24/putins-speech-declaring-war-on-ukraine-translated-excerpts>
- RAZUMKOV CENTRE. <https://razumkov.org.ua/en/>
- RATING SOCIOLOGICAL GROUP. <http://ratinggroup.ua/en/>
- SAIDEMAN, Stephen y Ayres, William. (2000). “Determining the Causes of Irredentism: Logit Analyses of Minorities at Risk Data from the 1980s and 1990s.” En *The Journal of Politics*. Vol. 62. No. 4, pp. 1126-1144.
- SIROKY, David y HALE, Christopher. (2017). “Inside Irredentism: A Global Empirical Analysis.” En *Journal of Political Science*. Vol. 61. No. 1. Pp. 117-128.
- SMITH, Anthony. (1986). *The ethnic origins of nations*. Blackwell Publishing.
- TABACHNIK, Alexander. (2020). “Russian Intervention in Ukraine: History, Identity Politics, and National Consolidation.” En *Nationalism and Ethnic Politics*. Vol. 26. No. 3.
- ZHURZHENKO, Tatiana. (2014). “A Divided Nation? Reconsidering the Role of Identity Politics in the Ukraine Crisis”. En *Die Friedens-Warte*. Vol. 89. No. 1/2.